FELIPE SASSONE



VOLVER A VIVIR

DRAMA VULGAR EN TRES ACTOS Y EN PROSA

«EDITORIAL ATLÁNTIDA»

VOLVER A VIVIR

FELIPE SASSONE

VOLVER A VIVIR

DRAMA VULGAR EN TRES ACTOS Y EN PROSA





EDITORIAL ATLÁNTIDA
MENDIZÁBAL, 42.—MADRID

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.

PERSONAJES

Elvira.
Victoria.
El ama de la niña.
Angel León.
Hernán Maldonado.
El Doctor Enrique Fajardo.
Carlos Martín.
Mario Malveal.
Don Pablo.
Juan. (Criado andaluz.)
Carmita.
Un Chauffeur.
La Voz del Portero.

En Madrid. En nuestros días.

Derecha e izquierda, del actor.

ACTO PRIMERO

Despacho lujoso y serio en casa de Angel León. Dos puertas al foro. Derecha, una lateral que conduce a las habitaciones de Elvira. Lateral izquierda, ventanal amplio, cristales de colores. La entrada de la calle es a la izquierda (foro). La derecha del foro, a habitaciones interiores. Al fondo, entre las dos puertas, adosado a la pared, un mueble moderno, que es a la vez diván y biblioteca. Entre la tapicería del sofá, en su borde superior, sobre una larga repisa y debajo de otra, una hilera de libros bien encuadernados. En la repisa superior, cacharros, jarrones, alguna estatuilla, algún *bibelot*. Delante del diván, un tapete grueso y rico. A la derecha del diván, una lámpara de pie. Junto a ella, una mesita enana con libros y una plegadera. A la izquierda, otra mesita baja, de marquetería, con cigarros, cigarrillos y un encendedor de llama perenne. En el rincón de la derecha, formando chaflán, una chimenea de madera obscura con un reloj de bronce y una pantalla. A la derecha, en primer término, adosada a la pared, una mesa auxiliar llena de papeles. Ante ella, una butaca. A la izquierda, primer término, de espaldas al ventanal, una mesa, que no *bureau*, sirve de escritorio. Papeles, libros, carpeta, dos tinteros grandes, artísticos, y un teléfono. Las plumas son

de ave, muy grandes y de muy vivos colores. Detrás de la mesa en el lado que da frente al público, paralelo a la pared del foro, una mesita con máquina de escribir. En el rincón de primer término izquierda, una mesita plegable que puede servir de atril. En el rincón de la izquierda, último término, formando chaflán, un mueble librería, con cristales que dejan ver los libros. En la mesa escritorio, una lámpara portátil. Lámpara de techo al centro. Las paredes son de color hueso, con un zócalo de madera que entone con los muebles. Estos son obscuros, negros o color caoba. La tapicería sobre un fondo grana muy obscuro, serio. Son las once de la noche y en el mes de mayo.

ESCENA I

CARLOS, joven de unos veinticinco años, está sentado en un sillón que habrá a la derecha de la mesa de escritorio, de frente al público. ANGEL LEON, hombre robusto y jovial, que frisa en los cincuenta años y viste muy elegante, se pasea por delante de Carlos, fumando un puro.

ANGEL.—¡Bien, hombre, bien! ¡Muy bien!

CARLOS.—No, don Angel, no; muy mal. Ya sé que muy mal; pero así fué. Hágase usted cargo, don Angel. ¡Qué quiere usted! Ya no se juega en ninguna parte, ni en los Casinos; han prohibido el juego...

ANG.—¡Y han hecho muy bien!

CAR.—Pero lo prohibido atrae, ya lo sabe us-

ted. Empezamos por broma una partidita de pócker limitada, y después... *(El teléfono llama de pronto.)*

ANG. *(Deteniéndose.)* — Aguarda. A ver si es de la Redacción. *(Va al teléfono.)* ¡Hola... Sí, yo mismo... Diga... Diga... ¿Que lo han tachado íntegro? *(Tapa un momento la bocina y se dirige a Carlos.)* La censura, hijo. El artículo de Bermúdez. *(Al teléfono.)* ¿Eh?... Un momento, Central... Diga, diga... ¿La pena de muerte? ¡Qué barbaridad!... ¡Vaya por Dios!... Dígale a Bermúdez que se ponga al aparato... ¡Ah! ¿No? Bueno; entonces ahora iré por el periódico... ¿Conmigo?... Está bien; que hable. Sí, sí; que venga al aparato. *(A Carlos, tapando la bocina.)* Ese pobre diablo que mató a su mujer, le piden la pena de muerte. ¡Qué te parece!

CAR.—Pero ¿llama él por teléfono?

ANG.—No, hombre. ¡Cómo va a llamar desde la cárcel? *(Al teléfono.)* Hola. Sí... Muy buenas noches. Sí... ¡Hombre, cuánto me alegro! *(A Carlos.)* Salabella, que ha tenido un éxito muy grande en el Fontalba.

CAR.—Es verdad, que estrenaba esta tarde...

ANG.—¡Chist, calla! *(Al teléfono.)* ¿Eh?... Con un poco de consideración, es amigo... No; yo no le digo a usted que mienta... Por eso le exijo,

le ruego, que cuente usted a los lectores la verdad, lo que ha pasado, las ovaciones, el gran éxito... Sí, sí... En su opinión, yo no me meto... No... No... Le digo a usted que el autor es mi amigo, nada más, y que el periódico es mío... Es cuestión de forma, no de traicionarse... Es mi amigo, ¡repito!... Desde luego, no es Pérez Galdós, no; pero usted tampoco es Menéndez Pelayo. *(Cuelga el teléfono con rabia.)* ¡Majadero! *(Volviendo a pasearse. A Carlos.)* Casáñez, nuestro inmenso Casáñez, que la tiene tomada con Salabella porque hace reír al público. ¡Señor! ¡Como si fuera un delito hacer reír!

CAR.—Bueno, don Angel... Yo...

ANG.—Comprendo, hijo, comprendo. Estás necesitado y el tiempo es oro. Pues yo sintetizo tu discurso en una sola palabra, una pregunta: ¿cuánto?

CAR.—Mucho, don Angel, mucho.

ANG.—¿Cuánto es mucho?

CAR.—... Pues unas ocho mil pesetas.

ANG. *(Deteniéndose.)*—¡Ocho mil!... Sintetiza, Carlitos, sintetiza. Haz un esfuerzo.

CAR.—Bueno; sintetizaré. *(Pausa breve.)* ¿Son muchos todavía treinta mil reales?

ANG.—Muchos, y así, en reales, parecen muchísimo más. Casi lo que ganas en casa en un

año... No, no; el propietario de tus periódicos, como tú dices, no te los puede dar. ¿Cómo ibas a pagarlos, desquitándote al mes...?

CAR.—¡Don Angel de mi alma, por lo que usted más quiera, no hablemos de desquitar, que yo no he hablado de pagar ni le he pedido nada al propietario de mis periódicos.

ANG.—Pues ¿a quién entonces?

CAR.—Al amigo, don Angel, al amigo.

ANG.—¿Un préstamo?

CAR.—No, don Angel; un préstamo, no; una dádiva.

ANG.—¿Y no te da vergüenza?

CAR.—Si no tengo, don Angel.

ANG.—Y a mí qué me cuentas si no tienes dinero.

CAR.—No, don Angel; si digo que no tengo vergüenza.

ANG.—¡Hombre!

CAR.—Ni obligación de tenerla, don Angel; yo soy un artista.

ANG.—¿Un artista?

CAR.—Sí, don Angel; soy un artista y tengo mis ideales, y como, con todos los respetos al señor Salabella, no sé escribir comedias que hagan reír...

ANG.—¿Que no sabes? ¿Me vas a decir a mí que si quisieras ganar dinero con tu pluma...

CAR.—Si quisiera ganar dinero con mi pluma, traicionaría mis ideales, y por no traicionarlos...

ANG.—Te dispones a dar sablazos. ¡Muy bonito!

CAR.—Don Angel, que yo no doy sablazos: pordioseo, mendigo... Sí, sí; no me mire usted con esos ojos, que le estoy hablando con una verdad y una mansedumbre verdaderamente evangélicas. Pordioseo, como tantos misioneros, tantas monjas y tantas damas virtuosas que piden para la religión, para el culto. Yo pido para mi arte.

ANG.—¿Que, por lo visto, es el póker?

CAR.—Don Angel, que en el póker no he perdido más que el pico.

ANG.—Pues no lo parece. ¿Y las alas?

CAR.—Muy bien, eso está muy bien: las alas, que de volar se trata. Como que el grueso de la cantidad lo necesito para la impresión de dos volúmenes de versos balbuceístas, y uno de ensayos sobre la impermeabilidad de lo infrasubconsciente. Un templo a la poesía y a la filosofía. ¿No ha dado usted nunca dinero para la construcción de un templo?

ANG.—No; soy buen cristiano, pero me limito a orar en los templos ya construídos.

CAR.—De todas suertes, como protector de las artes y de la literatura...

ANG.—No te canses. No imprimo más que periódicos y tengo bastante con dos.

CAR.—Usted que es el propietario; pero yo, no.

ANG.—Bueno; pero ¿me haces el favor de decirme qué te propones?

CAR.—¿Ahora sale usted con eso, don Angel? ¿Qué me voy a proponer? Que me dé usted las siete mil y pico.

ANG.—Pero ¿qué razón hay para que tú me pidas a mí ese dinero?

CAR.—Pues... no sé. *(Breve pausa.)* Es decir, sí sé: una razón de estética pura y de mecenismo magnánimo. Ricardo Wagner le pedía al rey Luis de Baviera.

ANG.—Pero como tú no eres Ricardo Wagner...

CAR.—Ni usted el rey Luis...

ANG.—Lo dejamos.

CAR.—No, señor. Se rebaja todo: la jerarquía en usted, el genio en mí y quinientas pesetas en la cantidad.

ANG.—Basta. Eres un zorro. Te daré las siete mil quinientas, pero me las vas a pagar escribiendo ahora mismo un artículo contra la pena de muerte.

CAR.—Que no impedirá la ejecución del reo.

ANG. *(Que se ha sentado a escribir el cheque.)* Mira que no extiendo el chequecito.

CAR.—¿Es que se va usted a burlar también, don Angel?

ANG.—No. Es que busco una fórmula. Déjame tener a mí el pudor que a ti te falta.

CAR.—Si es por equilibrio, bueno. Además, que a ese precio escribo yo un artículo contra la pena de muerte y contra la vida y contra mí mismo. Me pongo que no hay por dónde cogerme.

ANG.—No, no; en serio: has de escribir un artículo feroz. Que salga en la edición de mañana por la mañana. Pero una cosa original y fuerte; contra el matador, desde luego, porque nadie tiene derecho a quitar la vida a nadie...

CAR.—¡Ah! Pues entonces...

ANG.—Contra el matador, contra el delito de matar y, por consiguiente, contra la ley que mata también. Has de probar que castigar una sinrazón violenta con otra sinrazón a sangre fría, es un absurdo y es una crueldad. *(Se levanta y se dirige a la biblioteca, donde busca un libro que luego trae.)* Yo te ayudaré. Mira: por aquí tengo..., ¿dónde está, dónde está?... ¡Vaya, aquí está! Verás. Es un libro interesantísimo. La "Historia de los siete ahorcados", de Andreieff. Te lo lees en un par de horas. No te hará reír, te lo juro. Con

la agonía de estos siete hombres, que saben a punto fijo cuándo deben morir, ya tienes para hacer una divagación contra la pena de muerte que se les ponga el cabello de punta a los mismísimos verdugos. El artículo puede llamarse... "No matarás". Eso es. A dos columnas bien grandes. "No matarás, que es lo que dijo Dios, sin razonar el mandato, sin ponerle cortapisas, ni distingos, ni comentarios, ni explicaciones. "No matarás". Lo dijo esa Providencia que también es, desde luego, Justicia; pero que por ser en este caso el Dios de la Piedad y del Amor, y no el del Miedo, es más humano y está mucho más cerca de nuestro entendimiento y de nuestro corazón.

CAR.—¡Don Angel de mi alma, qué lástima que yo no sea taquígrafo!

ANG.—Anda, anda. Un par de columnas bien prietas de buena prosa.

CAR.—Sí, señor, sí; pero venga el chequecito.

ANG.—Ahí va, tómalo.

CAR. *(Abrazándolo.)*—¡Don Angel!... Es usted un verdadero ángel. Adiós. *(Medio mutis.)*

ANG.—¡Ah!, oye: y basta de ángeles. En un cuarto de hora me has llamado Angel lo menos cincuenta veces, y aunque es mi nombre, no me gusta que me lo repitan tanto.

CAR.—¿Y eso?

ANG.—No sé; me da la sensación de que me van a comer por los pies.

CAR.—¡Don Angel!

ANG.—Basta. Me llamo Angel León, y de hoy en adelante, cuando haya gente, en el periódico o donde sea, me llamas por el apellido: señor León.

CAR.—Entendido, don Angel. Digo no: entendido, señor León. *(Mutis a la calle.)*

ANG.—¡Vaya usted con Dios, señor zorro! *(Transición.)* Bueno, bueno, bueno. *(Baja al escritorio donde había dejado su puro al levantarse antes para ir a coger el libro, y se sienta en primer término derecha, ojeando un periódico.)*

ESCENA II

DON ANGEL y DON PABLO, por el foro izquierda. Don Pablo es un viejecito muy pulido, menudo, calvo, con gafas; viste, modestamente, de negro, pero con gran pulcritud.

DON PABLO. *(Desde el foro, haciendo una reverencia muy amable al que se acaba de ir.)* ¡Adiós! *(Avanza a primer término.)* ¡Va muy contento el literato! ¿Eh? *(Don Angel se vuelve y lo mira sin hablar.)* Algo se lleva...

ANG.—¿Por qué murmuras? ¡Tú qué sabes! *(Sin levantarse.)*

D. PAB.—Porque estoy acostumbrado a sus visitas. Algo se lleva.

ANG.—¡Y dale! No tienes razón para inveír contra Carlitos. Es un buen muchacho, extraordinariamente simpático, y además tiene talento. Talento y gracia. Dos cosas que juntas valen mucho y cada una sola no sirve para nada, porque la gra-

cia sin talento es muy poco; y el talento sin gracia, ¡demasiado!

D. PAB.—Pero ¿crees tú que anda de vergüenza lo mismo que de talento y de gracia?

ANG.—¡Hombre, Pablo! Si fuéramos a aquilatar en todos la vergüenza, lo que se entiende por vergüenza, no podríamos vivir. ¿Que Carlos pide a veces el dinero que no gana? Bien. Pero siquiera lo pide por derecho; él no engaña ni solicita adelantos ni firma letras para dejárselas luego protestar. No pide ni siquiera prestado; pide que se lo regalen con encantadora sinceridad. ¡Y hace bien, qué diablo! Para eso es joven.

D. PAB.—Pero ¿qué estás diciendo?

ANG.—Que el dinero es para los jóvenes, que son quienes pueden gastarlo.

D. PAB.—En vicios, ¿verdad?

ANG.—Que son lo único agradable de la vida. Los viejos, con una sopita tienen bastante, y las sopas cuestan poco dinero. Además, mira: la alegría de dar nos obliga, por agradecimiento, a perdonar a los que sufren la pena de pedir.

D. PAB.—Ni una palabra más. De todo ello se deduce que algo se lleva el literato. ¡Por lo menos, un puro!

ANG.—Para pedirme un cigarro no hace falta hablar de los demás.

D. PAB.—No hace falta, no, señor. Tengo. *(Saca del bolsillo de la americana un cigarro puro igual al que está fumando don Angel.)*

ANG.—¡Ah, es hermano de éste!

D. PAB.—Sí. Este es la mitad para esta noche y la mitad para el desayuno de mañana.

ANG.—¡Hombre!

D. PAB.—Le doy unas chupaditas mientras leo para dormirme; lo apago, lo dejo en la mesilla de noche y después... me da los buenos días.

ANG.—Decididamente, voy de asombro en asombro.

D. PAB.—¿De qué me valdría servirte veinte años y tutearte, si no iba a poder robar un purito de cuándo en cuándo?

ANG.—Y alguna copita de coñac...

D. PAB.—De cuándo en cuándo; sobre todo, en invierno. Se queda uno hecho un carámbano escribiendo. Y a propósito: ¿hay algo que hacer? Me estoy cayendo de sueño.

ANG.—Nada. Es decir, arreglar las cuartillas de esos dos informes, y copiarlos.

D. PAB. *(Yendo al escritorio.)* — Pues vamos con ello.

ANG.—¡Ah!, y apuntar en el diario borrador siete mil quinientas pesetas.

D. PAB.—¿Siete mil qui...? ¡Ave María Purísima! ¿Salidas, naturalmente?

ANG.—Sí, señor.

D. PAB. — ¡Ave María Purísima! ¿Con cargo a...?

ANG.—Pon... devueltas.

D. PAB.—¿Devueltas? ¿A quién?

ANG.—A nadie. Son regaladas; pero cuando se tiene el dinero que yo tengo, lo que se regala... es que se devuelve.

D. PAB.—¡Siete mil quinientas! ¡Un puro, sí, sí! ¡¡Un estanco!! *(Escribiendo.)* Iba contento el literato, ¡naturalmente!

ANG.—¡No callarás!

ESCENA III

DICHOS y el DOCTOR FAJARDO, por la derecha. Es hombre de cuarenta y cinco años.

ANG. *(Apenas lo ve llegar, se levanta y corre hacia él.)*—¡Tú, Enrique! ¿Qué pasa?

DOCTOR.—Nada, hombre, nada; no te alarmes.

ANG.—¿Está peor Carmita?

DOC.—Está ya buena; a tranquilizarte venía.

ANG.—Respiro.

DOC.—Durmiendo está hace dos horas como una bendita. *(A Pablo.)* Buenas noches, don Pablo.

D. PAB. *(Sin dejar de atender a lo que está haciendo en la mesa.)*—Buenas noches, doctor.

DOC. *(Viendo a Angel, que se ha sentado en primer término derecha, como angustiado, con la cabeza entre las manos.)*—Pero ¿qué te pasa, hombre?

ANG.—Qué quieres; abismado aquí, en mis quehaceres, me había olvidado de todo, y al verte entrar por esa puerta, no sé, me ha dado miedo de repente.

DOC.—Pues no lo tengas. La chiquilla se levantará mañana como si no hubiera tenido nada.

ANG.—¿A pesar de la fiebre de ayer?

tancia que en los adultos. Sin embargo, hoy he venido dos veces por si acaso; esta mañana tenía

DOC.—Fiebre que hoy no se presentó. En los niños esas temperaturas altas no tienen la impor-

treinta y siete y medio, ya te lo dejé dicho.

ANG.—Sí; pero yo temía que la fiebre subiera.

DOC.—Y no ha subido. Una cosilla gástrica sin importancia. Mañana correteará por toda la casa.

ANG.—Y me alegrará la vida. ¡Gracias a Dios! No sabes qué tres días he pasado.

DOC.—Por poco te asustas...

ANG.—¡Hija mía! Voy a darle un beso.

DOC.—No, no, no; eso sí que no; la despertarías, y el sueño es la mejor medicina. Déjala que descanse.

D. PAB. *(Levantándose.)* — Angel, con el permiso de usted, doctor; ya están en orden las cuartillas, y como esto lo puedo copiar en casa tem-

pranito, si me das tu permiso voy a buscar la horizontal... Me caigo de sueño.

ANG.—Anda, anda, dormilón.

D. PAB.—Ya has oído al doctor: el sueño es la mejor medicina para los niños. Y yo... ya voy siendo niño otra vez.

ANG.—Bueno; mañana, a las once, en la redacción.

D. PAB.—Y en los Tribunales, a las diez; ya no te acuerdas.

ANG.—Es verdad.

D. PAB.—Mi doctor, mucha salud para usted y para los de esta casa. *(Despidiéndose.)*

DOC. *(Dándole la mano.)* — Muchas gracias, don Pablo.

ANG.—Y a los demás, que los parta un rayo, ¿verdad?

D. PAB.—¡Hombre, no tanto! Que los parta un rayo, no; pero que se enfermen y que los cure el doctor.

DOC.—Gracias, hombre.

ANG.—Te vuelve ingenioso el sueño, ¿eh?

D. PAB.—No; pero no me quita la sinceridad. Vaya, buenas noches. Buenas noches, Angel.

ANG.—Hasta mañana. *(Mutis don Pablo a la calle, llevándose una carpeta con papeles.)*

ESCENA IV

ANGEL, DOCTOR FAJARDO y, después, ELVIRA, por la derecha.

DOC.—Es simpático el vejete.

ANG.—¡Si no lo fuera! ¡Veinte años llevo aguantándolo!... Porque no te vayas a creer, tiene sus manías, y además tiene más sueño que un gusano de seda.

DOC.—Es que a ti también cualquiera te sigue en lo de trasnochar. Si él es un gusano, tú eres una liebre.

ANG.—A la fuerza ahorcan, hijo. He de atender a la dirección de los dos periódicos, y además, mi bufete de abogado no quiero cerrarlo por ahora... ¡A Carmita tengo que dejarla millonaria!

DOC.—¿Millonaria? Pues cualquiera lo diría, con lo que tiras y lo que regalas.

ANG.—Por eso hay que trabajar más y no dormirse.

DOC.—Bueno, óyeme.

ANG.—¿Qué?

DOC.—Ya te he dicho que tu hija está perfectamente; pero de Elvira... no puedo decirte lo mismo.

ANG.—¡Cómo! ¿Por qué?

DOC.—Te ruego que no te alarmes y que atiendas a mis palabras sin darles más alcance que el que tienen.

ANG.—¿Es que me preparas para una mala noticia? ¿Es que está enferma Elvira?

DOC.—No está enferma; pero no está sana. Te vuelvo a rogar que no te alarmes. Te he dicho que no está perfectamente..., y perfectamente no está. Sus nervios...

ANG.—Pero ¿no son más que nervios?

DOC.—Nada más. Ya te acordarás hace quince días.

ANG.—Sí; se quejaba la pobre de un gran dolor al pecho y al brazo izquierdo, y tú dijiste que no era nada más que eso, nervios.

DOC.—Y eso es. Pero esta mañana, cuando vine a ver a tu hijita, le repitió el dolor, aunque no tan fuerte, y...

ANG.—¿Y qué? Habla, te lo ruego, habla; no me angusties más.

DOC.—Que no quiero yo que se repita, vamos. Y de eso venía a hablarte.

ANG.—Pero...

DOC.—No te asustes, que lo único que quiero es prevenir; ya ves: prevenir, puesto que no hay nada que curar.

ANG.—¿Y esas prevenciones...?

DOC.—Consisten en evitar todo lo que pudiera ser dañino. Que no sufra ninguna impresión fuerte, que no se exponga a cambios de temperatura demasiado violentos, y nada más. Si se repitiera el dolor, le das una pildorita de estas. *(Le da un frasco chiquito.)*

ANG. *(Leyendo el marbete del frasquito.)*—"Pantopón Roche".

DOC.—Si tuviera frío, mandas comprar unos papeles sinapismados Rigollot y le aplicas uno en el centro del pecho, y si tuviera fatiga, pues... *(Entregándole una cajita.)* rompes una ampolleta de estas en un pañuelo y se lo das a oler.

ANG.—Pero ¿es que está enferma Elvira? ¿La has auscultado? ¿Es que tiene algo anormal?

DOC.—¡Anormal, anormal! Lesión orgánica no tiene ninguna; pero... ¿qué edad tiene Elvira?

ANG.—Qué sé yo... Treinta y dos, treinta y cuatro años, no estoy seguro... ¿Por qué?

DOC.—La edad que Dante llamó "il mezzo del

camin di nostra vita". A la mitad del camino de la vida, no hay nadie o casi nadie que tenga sus órganos completamente normales. Elvira tiene una pequeña dilatación en la aorta. No es grave, ni mucho menos; pero las enfermedades del corazón se vuelven graves de un día a otro, y por eso...

ANG.—Tú vendrás todos los días, y si hace falta, dos veces, y la vigilarás y...

DOC.—¡Chist!, calla. Ahí está. No conviene que...

ELVIRA. *(Saliendo. Es una mujer que representa la edad que ha dicho su marido. Guapa, elegante, sencilla y aparentemente dulce.)* Pero ¿estábais aquí todavía? *(A su marido.)* ¿Tú no vas al periódico esta noche?

ANG.—Me iba ahora mismo.

DOC.—Se ha entretenido asándome a preguntas acerca de Carmita.

ELV.—Que, gracias a usted, está como una manzana.

ANG.—¿Y tú, cómo te sientes?

ELV.—Pues como otra manzana, claro que bastante más madura y dispuesta al trabajo. ¿Hay algo que hacer hoy? ¿Alguna carta que contestar que no hayas querido confiarle a Pablo?

DOC.—Aunque las hubiera, no debe usted trasnochar.

ELV.—¡Bah! Más contenta estoy escribiendo aquí una horita y ayudando a este negro, que trabaja como un negro, que no dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño.

ANG.—Tú dirás lo que quieras; pero hoy no trabajamos.

ELV.—Y tú dirás lo que quieras también; pero hoy trabajo como todas las noches.

ANG.—Pero...

ELV.—¿Millonaria Carmita? Bueno; pero por ti y por mi. A ver: ¿qué hacemos? *(Va al escritorio resueltamente.)*

ANG.—Pero no seas chiquilla, mujer.

ELV.—No seas chiquillo tú. ¿Por qué no he de trabajar?

DOC.—Vaya, no la contraríes. Yo intercedo por ella. Puede trabajar una media hora.

ELV.—¡Valiente cosa! *(Cogiendo unos papeles.)* Mira: traduciré esta columnita que falta del artículo de Poincaré. Está en un soplo.

ANG.—Bueno, hija, bueno; como tú quieras. *(Mirando su reloj.)* Las once ya; me voy al periódico. ¿Me acompañas?

DOC.—Sí. *(A Elvira.)* Buenas noches, Elvira; y ya sabe usted: media horita. *(A Angel.)* Cuando tú quieras.

ANG.—Hasta ahora, Elvira. *(Le da un beso en la frente.)*

ELV.—Que no vengas tú también a las mil y quinientas, ¿eh?

ANG.—Descuida, mujer. Un salto, a ver si está Carlos Martín haciendo un artículo que le he encargado, y me tienes aquí otra vez. Adiós.

DOC.—Buenas noches, Elvira.

ANG.—Pasa, pasa.

ELV.—Buenas noches, doctor. *(Mutis a la calle Angel y el Doctor Fajardo.)*

ESCENA V

ELVIRA, escribiendo en el escritorio, y VICTORIA, doncella, veinticinco años, guapa, que llega por la derecha foro, trayendo una taza y la botella de agua de azahar.

ELV.—Hola, hija, ¿qué me traes?

VICTORIA.—Lo mismo que anoche, señorita.

ELV.—¿Tila?

VIC.—Con un poquito de azahar; le sentará, señorita.

ELV. — Venga, no tengo ganas de discutir. *(Mientras Victoria le sirve.)* Así, basta. *(Se bebe la taza toda seguida.)*

VIC.—¡Jesús! No había prisa, señorita.

ELV.—Los malos tragos, pasarlos pronto.

VIC.—¿Tan mal sabe?

ELV.—Bien, no, desde luego. Y además, no sirve para nada.

VIC.—¿Tiene mal humor la señorita?

ELV. *(Muy displicente.)*—No.

VIC.—Se comprende...

ELV.—No, Victoria, no comprendas nada. ¿Que no vino ayer ni anteayer tampoco? Ya vendrá hoy o mañana, desgraciadamente. O escribirá.

VIC.—¿Desgraciadamente, señorita?

ELV. *(Levantándose para dar un paseo por la habitación.)*—¡Ojalá no hubiera venido nunca! *(Se lleva la mano al pecho.)*

VIC.—¿Le duele todavía?

ELV.—No; pero como si me anunciara que me va a doler. Empiezo a sentirme el corazón. Mala señal, Victoria.

VIC.—Señorita, por Dios.

ELV.—¿A que tú no te lo has sentido todavía?

VIC.—¡Ay, señorita, no sé! Querer, lo que se dice querer...

ELV.—Si no hablo de amores, tonta. Me refiero a sentirse materialmente el corazón, como cuando uno ha corrido o se ha agitado mucho. Así me lo siento yo siempre. Hasta ahora había vivido como todos: era joven.

VIC.—Señorita, lo es usted.

ELV.—Empiezo a dejar de serlo, y es el corazón quien me lo dice. Lo siento, vaya, me anuncia que está. Me empieza a pesar ya en el pecho. A veces me parece que lo tengo aquí, en el brazo. ¡Mala señal, Victoria!

VIC.—Son aprensiones, señorita.

ELV.—Si yo fuera miedosa, justo que me dijérais eso; pero si no tengo miedo, ¿cómo puede pensar nadie que sea aprensiva? Estoy enferma..., no, no me digas nada: lo sé; pero no tengo miedo..., y no es que no me asuste la idea de la muerte; es que no me pasa por la imaginación. Con el corazón malo se vive mucho tiempo. ¡Hay tantos ejemplos! Probablemente, yo no lo he tenido bueno nunca; de lo contrario..., ¡no hubiera hecho lo que hice! *(Va al escritorio.)*

VIC. *(Después de una pequeña pausa.)*—¿Va a escribirle la señorita?

ELV.—No; a él, no. Y te suplico que no me hables de él.

VIC.—Señorita, usted perdone; pero yo..., como la veía a usted tan triste... *(Suenan dos timbres muy de prisa y muy breves.)*

ELV.—Anda, ahí está. Le has estado llamando, y ha acudido.

VIC.—Lo dejo pasar, ¿verdad, señorita?

ELV. *(Hace un movimiento como para levantarse. Luego se arrepiente y, sin moverse de donde está, dice:)*—Sí, mujer, sí. *(Mutis Victoria, foro izquierda.)*

ESCENA VI

ELVIRA y HERNAN MALDONADO, foro izquierda. Viste frac; es hombre de unos treinta y cinco años.

HERNAN. *(Entrando.)*—¡Elvira! *(Yendo a ella y cogiéndole la mano, que le besa.)* ¿Sola?

ELV.—Sí; pero ¿cómo se te ocurre venir a esta hora?

HER.—¡Ah!, ¿encima me lo reprochas? Creo que soy de confianza en la casa, y además he venido más tarde otras veces, y no va a sospechar por eso tu marido. Y si sospechara, después de todo, aunque no sería lo más cómodo, yo te juro que...

ELV.—¿Quieres hacer el favor de cambiar de conversación? *(Saliendo de donde estaba, a sentarse en un sillón de la primera derecha.)*

HER.—¿Por qué?

ELV. — Por nada, porque no es agradable. *(Pausa.)*

HER.—¿Estás enfadada porque no vengo hace dos días?

ELV.—No.

HER.—¡Lo dices con un tono!... No he podido venir. Estaba arreglando mi viaje al Japón, que ya no puede tardar más, y será dentro de diez días. Hoy, apenas he tenido un instante de tiempo, ya lo ves, aquí me tienes.

ELV.—¡Y de gran gala!

HER.—Comida íntima en casa del ministro de Francia; éramos pocos, pero había que ponerse el frac. Como sabemos que no trasnocha, porque es muy viejecito, en agradecimiento a que da de comer muy bien, nos vamos siempre pronto, y yo, hoy, antes que nadie. Sentía tantos deseos de verte, mi Elvira, que aun pensando que no estuvieras sola, he venido... a eso, a verte, aunque no pudiéramos hablar, aunque estuviera aquí tu marido.

ELV.—Hernán, vuelvo a rogarte que no te ocupes de él.

HER.—Es muy difícil hablar de nosotros sin hablar de tu marido, y ahora que me tengo que ir, más difícil todavía.

ELV.—Como tú quieras.

HER.—No; como es: ya lo comprendes. No es la primera vez que te hablo de ello, y hoy, puesto que podemos, te vuelvo a hablar. Estoy triste,

Elvira, y toda mi tristeza proviene de ti, como de ti también todas mis alegrías. Ya ves: siempre que por cualquier razón poderosa no he podido venir a verte, te he escrito; mi recuerdo constante no te ha faltado nunca, y ahora, en estos dos días, no he sido capaz de coger la pluma para mi saludo de costumbre, porque pensaba en otras cartas, en las que te escribiría desde muy lejos sin la esperanza de verte al día siguiente, y el pensarlo sólo ya me anunciaba, con un dolor efectivo, con una tristeza de angustia, el dolor de la separación, y renovaba la pena de tantas y tantas ausencias como he sufrido en estos cinco años de amor y de desesperación. *(Pausa.)* Yo no quiero separarme de ti, Elvira, no quiero, y en estos días de ajetreo, de preparativos, cuando cada minuto se iba haciendo más fuerte en mí el deber de partir, se iba robusteciendo a la vez mi voluntad de no dejarte. ¿Me oyes?

ELV.—Sí; te oigo.

HER.—¿Y me lo dices así, sin una palabra de consuelo?

ELV.—Te oía sin interrumpirte; ya sabes que no me gusta interrumpir. Sigue, te escucho; puesto que necesitas hablar, habla, di cuanto quieras; pero...

HER.—Pero ¿qué, Elvira?

ELV.—No, nada, nada; no te interrumpo; di lo que sea.

HER.—Pues digo lo que siento, lo único que siento, lo único que se me ocurre. ¿Estás dispuestas a venirte conmigo?

ELV.—¡Hernán!

HER.—¿Estás dispuesta a venirte conmigo? *(Pausa.)* Hace cinco años que soporto una situación insoportable, y no es que tenga celos de tu marido...

ELV.—No puedes tenerlos.

HER.—¡Eso!... De eso es mejor que no hablemos. Pero yo no puedo vivir así. A mi carrera me es imposible renunciar, ya lo sabes; ella me obliga a viajar continuamente, a ausencias prolongadas; estoy mucho más tiempo lejos que cerca de ti, y te quiero, y sufro, y me forjo la ilusión de que tú sufres también, y es necesario que le pongamos fin a este sufrimiento.

ELV.—Es imposible, Hernán.

HER.—¿Imposible? A mí no me da miedo decirle a tu marido la verdad.

ELV. *(Levantándose.)*—¡Oh, no! Eso, no. Tú eres un caballero.

HER.—Yo te agradezco mucho que lo creas, Elvira. Pero... ¿es caballeresco engañar? ¿Quieres tú resignarte a vivir siempre como vivimos ahora?

ELV.—¡Qué remedio! ¡Hay que aceptar las situaciones como son!

HER.—O luchar contra ellas y ponerlas en claro. Yo no le diré nada a tu marido aquí; yo no le debo decir nada aquí.

ELV.—Yo te ruego Hernán...

HER.—No tienes que rogarme, no lo haré. Sería un escándalo, que no es necesario afrontar y que redundaría en perjuicio de todos. Pero hay otro camino: huír.

ELV.—¿Huír?

HER.—Sí; poner tierra de por medio, distancia, tiempo. Si yo me voy de aquí contigo o si tú me sigues después, se plantería una situación de hecho lejos de aquí, en condiciones muy distintas para nosotros. Tu marido, o se resignaba o nos perseguía, y en este último caso, yo sabría guardarte.

ELV.—Yo no hago eso, Hernán.

HER.—¿Es que tienes miedo?

ELV.—Yo no hago eso.

HER.—Pero ¿no comprendes que el viaje mío de ahora es muy lejos? ¿Que acaso en mucho tiempo no podré pedir un traslado, y aunque lo pidiera nunca podría ser para volver a España? ¿Es que vamos a estar siempre separados?

ELV.—Cuando tú me conociste, yo no era libre.

HER.—Pero ahora puedes serlo; yo te doy la ocasión de libertarte. ¿No comprendes lo que va a ser mi vida sin ti? ¿No te haces cargo de que yo no podré vivir?

ELV.—Se vive, Hernán.

HER.—Queriéndote como yo te quiero, no se vive sin verte, sin oír tu voz, sin mirarme en tus ojos, y si se vive, yo no quiero vivir así. *(Pausa breve.) ¿No me contestas nada?*

ELV.—¿Qué puedo contestarte?

HER.—Nuestro amor, el mío por ti, que me ha llevado a... a esto: a engañar, a mentir, a traicionar al amigo, no puede ser una aventura que pasa y que se olvida. No puede ser, y no es. Y aunque nosotros quisiéramos, hay un vínculo que nos ata para siempre: nuestra hija.

ELV.—¡Por Dios, Hernán!

HER.—¿Crees que puedo resignarme a no verla, a no sentirla junto a mí? Di, responde.

ELV.—La verdad nuestra, no es la verdad de todos, no es la que podemos decir ante los demás, y ante los demás, Carmita no es tu hija.

HER.—Pero ¿qué estás diciendo?

ELV.—Eso: que ante el mundo, ante la ley, entiéndeme por favor, Carmita no es tu hija ni puede serlo.

HER.—¡Oh! Pero ¿qué puede importarme a mí

la ley? ¿Es que me hablas a mí de la ley cuando se trata de la hija de nuestro amor?

ELV.—Pero ¿tendrías tú valor para decírselo a la niña, no pudiendo darle nunca tu nombre? ¿Para qué, Hernán? No has pensado en ello.

HER.—Pienso otra cosa, Elvira. Pienso que no me quieres. *(Pausa.)* Y al ver cómo no protestas ante esta suposición, lo pienso con más fuerza. Tú no me quieres.

ELV.—Sí; pero...

HER.—No me quieres.

ELV.—Te he querido y te quiero todo lo que puedo quererte.

HER.—¿Todo lo que puedes quererme? ¿Todo lo que puedes quererme? ¿Qué quieres decir?

ELV.—Te ruego que no te exaltes y no me hagas una escena ahora. No tienes derecho, ningún derecho; déjame hablar. A nadie puede exigírsele más de lo posible, y yo he hecho por ti, por tu amor...

HER.—Que no te importa, que no te importó nunca...

ELV.—Que me importó siempre, puesto que correspondía a él, todo cuanto podía hacer. He expuesto mi tranquilidad, he expuesto hasta mi vida..., ¿qué más quieres de mí? ¿Que destroce mi casa, mi reputación?

HER.—¡Tu reputación! Pero ¿tú crees que se ignora?

ELV.—Que se murmure, que se hable, que se invente, no es lo mismo. Nadie puede probarlo, nadie lo sabe a ciencia cierta, y, sobre todo, lo ignora él, mi pobre Angel, que es quien no debe saberlo nunca.

HER.—¡Tu pobre Angel! ¿Y tienes el valor de decirlo delante de mí? ¡Tu pobre Angel, tan pobre, que prefieres que viva en el engaño!...

ELV.—En el engaño a que tú me llevaste, y a que yo me dejé arrastrar, para quererte a escondidas, porque tú no me propusiste otra cosa, que yo no hubiera aceptado entonces, como no la acepto ahora.

HER.—Porque no me quieres, ni me querías entonces.

ELV.—No lo sé.

HER.—¿No lo sabes?

ELV.—No; porque ante tu obstinación y ante lo horrible del trance en que me pones, no sé qué pensar, ni sé siquiera lo que siento. Tú, en cambio, sabes una cosa: que queriéndote o no, entonces y ahora, me has tenido y me tienes para ti, como si te quisiera.

HER.—Pero ¿tú sabes cómo estás hablando?

ELV.—Como una mujer...

HER.—Como una mala mujer.

ELV.—¡Gracias! Yo no puedo decir que soy buena, sobre todo, delante de ti, que tienes la prueba de lo contrario. ¡Te lo agradezco, Hernán!

HER.—Perdona, Elvira; no he querido ofenderte, estoy loco.

ELV.—Y yo también; pero como tengo más obligación que tú de estar cuerda, quiero cumplir con esa obligación.

HER.—Porque quieres a tu marido más que a mí.

ELV.—Porque él es mi marido, y tú, no; eso es todo. Y yo no seré buena; pero a ese hombre, que me quiere con una ternura infinita, que trabaja por mí como un negro, que espía mis menores deseos, que se mira en mis ojos, que cree en mí, que no vive más que para mí, yo no le doy este dolor. ¡No se lo doy!

HER.—Y entonces, ¿por qué...?

ELV.—Calla, calla te digo; no me preguntes ahora una brutalidad, a la cual no podría contestarte, porque me moriría de vergüenza.

HER.—¡Elvira!

ELV.—¡Calla, calla! Yo he podido en un momento no ser dueña de, de... mi cuerpo, de lo que hay más miserable en mí; pero de mi alma...

HER.—¿Y eso es lo que tengo yo de ti, lo más miserable? Pero ¿es que hay alguna mujer en el mundo capaz de hablarle a su amante como tú me estás hablando a mí?

ELV.—¡Oh, basta, basta! Mira, no sé si hay alguna capaz de hablar como yo; pero de sentir como yo, de pensar como yo, sí; eso, sí, y acaso muchas tan malas, tan bajas, tan miserables...

HER.—¡Elvira, por Dios!

ELV.—Tan adúlteras y tan perdidas como yo, todas tal vez, puestas en este dilema horrible entre el amante, entre el pecado y la locura de una hora, y el compañero, el sostén y el reposo de toda la vida, todas sentirían como yo, escogerían como yo, obrarían como yo... No puedo, Hernán, no puedo, no puedo, no puedo.

HER.—Pero...

ELV.—Te ruego que no insistas, que no me digas nada; mira que acabarás por desesperarme, sí, sí; porque me desesperaré queriendo ver en mí lo que, no sólo tú no comprendes, pero ni yo misma acierto a comprender. Y es así, así, nada más que así. Su amor, el de mi marido, no me importa: me importa el tuyo. ¿No te basta con eso? Pero el dolor de mi pobre marido engañado, que sólo por el engaño puede vivir, ese dolor me importa más

que tu cariño, y que mi pena, y que todo en el mundo. Déjame, déjame, te lo ruego; déjame.

HER.—¡Elvira, Elvira, por favor, no te exaltes, no te pongas así!

ESCENA VII

DICHOS y VICTORIA, foro izquierda.

VIC.—Señorita, usted perdone si me atrevo... El auto del señor ha llegado a la puerta...

HER.—Vamos, Elvira, vamos: cálmate.

ELV.—Y tú, Hernán. *(A Victoria.)* Ve. No le abras; él abrirá con su llavín; no vaya a pensar que le esperábamos. *(Mutis Victoria. A Hernán.)* Volveremos a hablar de ello, si quieres; pero ahora te suplico...

HER.—Soy un caballero. Tranquilízate. No le temo a nada; pero todo lo soporto por no verte sufrir.

ESCENA VIII

DICHOS y DON ANGEL, de la calle.

ELV. *(Que se habrá acercado a la puerta del foro izquierda a escuchar, revela con el ademán que ha oído los pasos del marido; indica a Hernán que se siente en primer término derecha, y ella va a sentarse en el escritorio.)*—Pues le envidio a usted el viaje; el Japón debe de ser precioso. ¿No ha leído usted el libro de Gómez Carrillo, "El Japón heroico y galante"?

ANG. *(En la puerta.)*—Más pronto... *(Reparando en Hernán.)* ¡Pero, hombre, tú por aquí!

HER.—Y asombradísimo de que hubieras ya salido... *(Le tiende las dos manos.)*

ELV.—Llegó cuando acababas de irte, y con una noticia buena para él y mala para nosotros.

HER.—¡Oh, gracias! *(A Angel.)* Me voy al Japón.

ANG.—¿Y eso? ¿De ministro ya?

HER.—No; de secretario todavía.

ANG.—De todos modos, enhorabuena, chico. *(Volviéndose a su mujer.)* Y tú, ¿has trabajado mucho?

ELV.—Ni una línea. Ahí está el culpable.

ANG.—Pues, hija, yo no le hago ningún cargo. Más vale así. *(A Hernán.)* He salido temprano porque quería sorprender a Carlos Martín, a quien había encargado un artículo...

ELV.—¿Y lo ha hecho?

ANG.—Lo he dejado haciéndolo... e iba muy bien. *(A Hernán.)* Bueno, ¿y qué? ¿Para cuando es ese viaje?

HER.—Te diré, de eso estaba hablando con Elvira. Me fastidia tanto dejar Madrid, que a lo mejor me invento una enfermedad y...

ELV.—Sería una locura, Hernán. Debe usted irse.

HER.—¿Usted cree...?

ELV.—Desde luego; y yo me voy ahora mismo. No al Japón, claro está, sino a darle un beso a mi hija antes de que se haga más tarde...

ANG.—Déjala; ha dicho Enrique que le conviene dormir, y a lo mejor la despiertas. ¿Tú cómo te sientes?

ELV.—Bien; ¿por qué?

ANG.—Por nada. ¿Por qué no te quedas un poco con nosotros? Enrique va a volver.

ELV.—¿Que va a volver el doctor?

ANG.—Sí, sí; he de leerle una cosa, que éste también va a oír, si no tiene nada mejor que hacer.

HER.—Yo con mucho gusto; ¡no faltaba más!

ELV.—¿Y si yo te pidiera que me dejaras ir a acostar?

ANG.—Pero ¿es que te sientes mala?

ELV.—No, hombre, no; que estoy cansada.

HER.—Angel, si quiere irse, déjala. Por mí...

ANG.—Pues nada: como tú quieras.

ELV.—Buenas noches. *(A Hernán.)* Supongo que no será la última vez que nos veamos, ¿verdad?

HER.—No, señora.

ELV.—Antes de darse usted por enfermo, que sería una locura, repito, o antes de marcharse, que es lo que debe hacer, vendrá usted.

HER.—Desde luego.

ELV.—Pues nada...: buenas noches y que le sea leve la lectura. Hasta ahora, hijo.

ANG.—¡Adiós, señorona!

HER.—Buenas noches, Elvira. *(Mutis Elvira lateral derecha.)*

ESCENA IX

HERNAN y DON ANGEL.

ANG.—Oye, ¿de veras no tienes nada que hacer, no te quito de...?

HER.—De nada, hombre.

ANG.—Como te veo de frac, he pensado si ibas a algún baile.

HER.—No voy a ninguna parte: vengo. He comido en casa del ministro de Francia. ¿Tú no sales ya esta noche?

ANG.—No.

HER.—¡Qué raro!

ANG.—Raro, en efecto; pero además, desagradable. He vuelto pronto porque Elvira no está buena.

HER.—¿Que no está buena?

ANG.—No. Aquel dolorcillo que le dió hace quince días le repitió esta mañana, y Enrique me ha alarmado un poco, sin querer. Parece que se

trata de algo al corazón. Fajardo dice que no es grave; pero yo no las tengo todas conmigo, tanto que me fuí con él a la calle para ver si le sacaba algo, y como él tuvo que irse a su casa y no pudimos hablar, he inventado esto de la lectura para que volviera esta noche y que me diga la verdad sin rodeos.

HER.—¡Bah! Aprensiones tuyas. ¿Qué enfermedad va a tener Elvira con ese aspecto?

ANG.—¡Qué sé yo! Muy pálida está. En fin..., Fajardo nos lo dirá ahora mismo.

HER.—Pero ¿tú crees que va a volver?

ANG.—Desde luego; es puntual como un inglés. Me dijo que estaría aquí a las doce, que iba a su casa no sé a qué... No tardará mucho. Bueno, ¿y cómo ha sido eso de tu nombramiento para el Japón?

HER.—Pues hace dos días me llamaron del Ministerio...

ANG.—¿Y sólo ahora has venido a decírmelo?

HER.—Precisamente por eso. Tuve que ocuparme en seguida de un sin fin de cosas, arreglar unos papeles, ajetrearme además a ver si cambiaba el puesto con alguien, buscando un empeño.

ANG.—Pero ¿es que te disgusta el sitio?

HER.—No; disgustarme, no; pero ya sabes que

yo soy un enamorado de Europa, y en Europa, de los países que algo se parecen al mío, los latinos. No viviendo en Madrid, Roma o París. Claro está que no me valió empeño alguno, y acabaré por ir al Japón ahora, y después, donde me manden. Es un horror, chico. Disponen de uno como de una maleta, y cuando más a gusto estás en...

ANG.—Un momento, aguarda.

HER.—¿Qué, qué pasa?

ANG.—¿No has oído tú como un lamento, como un grito?

HER.—¿Un grito? Yo, no.

ANG.—Juraría que he oído así como un quejido largo, como si fuera la voz de Elvira.

HER.—Pero, hombre, por Dios, ¡qué aprensiones! La hubiera oído yo también.

ANG.—Es extraño.

HER.—No seas tonto, hombre. ¡Qué nervios!

ESCENA X

DICHOS y VICTORIA, por la derecha.

VIC.—Señorito.

ANG.—¿Lo ves? ¿Qué, qué pasa? ¿La señora...?

VIC.—No se alarme usted, señorito; pero vaya usted. Ha dado de repente un grito, tiene un gran dolor en el pecho.

ANG.—¡Maldición! Ya lo decía yo. Esto faltaba ahora.

VIC.—No se asuste usted, señorito. Está con ella el ama de la niña...

ANG. *(A Hernán.)*—Perdona, chico. *(Va a la mesa escritorio a coger los medicamentos que le dió el Doctor.)*

HER. *(Aparte a Victoria.)*—Pero ¿qué tiene?

ANG.—Vamos, vamos; ven, Victoria. ¿Quieres hacer el favor? Llama al veinticuatro-veintinueve de Mayor; si está Fajardo en su casa, que venga

inmediatamente. *(Mutis por la derecha Angel con Victoria.)*

HER. *(Yendo al teléfono.)*—Central... ¡Hola!... ¡Hola! veinticuatro-veintinueve M. *(Aguarda un ratito. Victoria vuelve a salir, y Hernán le pregunta sin apartarse del teléfono:)* ¿Qué, mejora?

VIC.—No, señorito; casi no puede hablar. Voy por un vaso de agua. *(Hace mutis foro derecha.)*

HER. *(Al teléfono.)*—Sí... Casa del doctor Fajardo, sí... ¿Que no está? *(Victoria pasa del foro derecha al lateral derecha con un vaso de agua.)* Aquí, de casa de don Angel León... ¿Cómo? ¿Cómo?... ¡Ah! ¿Que ha salido para acá? Bien. Gracias... No, nada. Gracias... Muchas gracias. *(Cuelga el auricular. Viendo a Victoria que sale corriendo.)* ¿Qué pasa?

VIC. *(Llorosa.)*—¡Ay, señorito, que la señorita se nos muere!

HER.—¡No!

VIC. *(Llorando.)*—¡Sí! Que llamaba a su hija para despedirse de ella, y el señorito me ha dicho que la despierte, que se la lleve. *(Hace mutis foro izquierda.)* Voy corriendo...

HER.—Pero oye. *(Siguiéndola.)* Eso es locura; pero oye...

ESCENA XI

HERNAN, VICTORIA, ANGEL y, luego, el DOCTOR FAJARDO, foro izquierda.

LA VOZ DE ANG. *(Desde dentro.)*—¡Victoria! ¡Victoria! *(Victoria y Hernán se quedan petrificados en el umbral del foro izquierda, al oír la voz.)*

ANG. *(Apareciendo en escena.)*—¡Victoria! No la despiertes... Ya... *(Rompe a llorar.)*

VIC.—Señorito, por Dios. *(Dentro suena un timbre.)*

HER.—Angel, ¿qué pasa, qué tiene? *(Adivinando por la expresión de Angel.)* ¿Muerta? *(Angel abre los brazos y cae llorando en la butaca de la derecha.)*

VIC.—¡Jesús, Dios mío! *(El timbre suena otra vez y Hernán corre a abrir.)* Señorito, por Dios.

ANG.—Tiene la boca torcida, una mueca horrible. ¡Ve! Ciérrale tú los ojos, yo no puedo. Ve, yo no puedo. *(Victoria hace mutis llorando.)*

DOC. *(Aparece, seguido de Hernán, y se detiene en la puerta.)*—¡Angel!

ANG.—¡Tarde, tarde; el médico llega tarde!...

DOC.—¡Angel!

ANG.—Pero el amigo, a tiempo. *(Va hacia él y le coge las dos manos con dolorosa efusión.)*

DOC.—Deja, deja. Veamos. *(Hace mutis. Hernán va a la puerta de la derecha y mira, sin atreverse a entrar.)*

ANG. *(Cruzando la escena como un loco, de derecha a izquierda.)*—Ya no hay nada que ver. ¡Ha muerto! ¡Ha muerto! Es una injusticia, una crueldad. ¿Por qué, Señor, por qué?...

TELON

ACTO SEGUNDO

Cinco días después del primer acto. Tarde.

ESCENA I

El DOCTOR FAJARDO y MARIO MALVEAL.
Mario Malveal es hombre de unos treinta y seis o treinta y siete años, bien vestido, aire de hombre elegante y mundano. Está sentado en el sofá. Fajardo conversa con él sentado en el sillón a la izquierda.

DOC.—Créame usted que no estaba en mis manos evitarlo; ni en las mías ni en otras más expertas. Es uno de los casos típicos en que viene bien la frase: Inútiles los recursos de la Ciencia.

MARIO.—Pero ¿no fué posible prevenirse con tiempo? ¿Usted no era el médico de la casa?

DOC.—De toda la vida. Soy amigo de la niñez

de Angel, y puedo decirle en mi descargo que la enfermedad no se anuncia, no; ni podemos conocerla los médicos auscultando al paciente. Sabemos que hay una angina de pecho cuando se presenta el primer ataque, y podemos conjurar éste y, a veces, el segundo y el tercero; pero curar es imposible, por ahora. Ya se habla en revistas médicas de una operación; pero ni hay datos concretos ni, por lo menos, en España, se ha llevado a cabo ninguna. Es una enfermedad traidora, y el que la tiene es un condenado a muerte. Ya ve usted, la pobre Elvira había tenido un ataque quince días antes y un amago aquella misma mañana. Minutos antes de su muerte, que yo no podía esperarme tan pronto, había prevenido al pobre Angel. El no quería que yo me fuera aquella noche, y hasta me obligó a volver..., y cuando volví sólo pude abrazar a mi pobre amigo y certificar la defunción.

MAR.—¡Pobre señora! Era joven y hermosa...

DOC.—Y muy buena. Ha sido una verdadera lástima. *(Hay una pausa un poco embarazosa.)*

ESCENA II

DICHOS y DON PABLO, por la derecha.

D. PAB.—Señor Malveal, buenas tardes.

MAR.—Felices, don Pablo.

D. PAB.—Felices en esta casa, es difícil; pero muchas gracias por la intención.

MAR.—Perdone usted; lo he dicho sin pensar, animado del mejor deseo.

D. PAB.—Claro está, y muchísimas gracias. *(Don Pablo, mientras tanto, ha ido a la mesita que está frente a la chimenea a dejar unos papeles.)*

MAR.—Bueno, yo los dejo a ustedes. Le dirán al señor León que he venido a darle el pésame.

D. PAB.—En cuanto se despierte, sí, señor.

MAR.—Pero ¿no me dijo usted, doctor, que no estaba en casa?

DOC.—Hombre... Es lo que me dijeron a mí; yo no he mentido.

D. PAB.—En efecto, yo se lo dije a usted, y

he mentido yo, si se le puede llamar mentir a decir que no está en casa el amo de su casa cuando no quiere estar.

MAR.—A mí se me podía haber dicho la verdad, que de ningún modo le hubiera molestado.

DOC.—Yo le dije a usted la verdad que yo sabía.

D. PAB.—Y a mí no me preguntó usted. Además, hágase usted cargo. Desde que ha ocurrido la desgracia, más llora que descansa.

MAR.—Desde luego, y su sueño es muy respetable. Yo me creí obligado a venir por mi amistad con Hernán Maldonado, que era muy amigo de esta casa y ha sentido la muerte de la señora de León como si se tratase de un pariente. *(Pausa.)* Mis relaciones con don Angel son de mera cortesía, y yo...

DOC.—El agradecerá mucho su atención, y agradecerá más si es usted tan amable que quiere volver.

MAR.—¿Por qué no? Carlos Martín me dijo que él venía todos los días. ¿No ha venido hoy?

D. PAB.—Suele venir más tarde siempre.

MAR.—Pues como yo voy a verle ahora, si viene más tarde, volveré con él. *(Saludando al Doctor.)* Doctor...

DOC.—Usted lo pase bien.

MAR.—Hasta luego, don Pablo.

D. PAB.—Muy buenas tardes, caballero. *(Alveal hace mutis por la puerta del foro, acompañado de don Pablo, que llega hasta el umbral.)*

ESCENA III

El DOCTOR y DON PABLO.

D. PAB.—Usted dispense si he metido la pata. No sabía que usted le hubiera dicho...

DOC.—Es igual que crea que no le ha querido recibir. Supongo que Angel...

D. PAB.—No lo tomará a mal, no, señor. Este es un amigo del señor Maldonado, y a mí se me antoja que ha venido a título de curioso.

DOC.—Seguramente. No es nada simpático. Aquí me ha estado haciendo preguntas indiscretas y pesadas, como si quisiera achacar a descuido mío la muerte de Elvira.

D. PAB.—¡Quite usted, por Dios! ¡Qué temeridad!

DOC.—En fin. *(Pausa.)* ¿De veras está dormido Angel?

D. PAB.—Sí, señor; de mala manera, pero dormido.

DOC.—¿De mala manera?

D. PAB.—Después de almorzar..., de hacer que almorzaba, porque apenas probó bocado, se tumbó en un diván, en el cuarto de la señora, y allí se quedó dormido. Como sé que no descansaba a sus horas, me dió pena despertarlo.

DOC.—Bien hecho; no conviene cortar ninguna de las funciones naturales del organismo, ni la digestión, ni el sueño. Nada hay más respetable que un ser que descansa: lo mismo si está dormido que si está muerto.

D. PAB.—Pero ustedes los médicos debían probarse a resucitarlos.

DOC.—A curar, sí; resucitar sería excedernos en nuestra obligación. Yo no hubiera hecho nunca lo que Cristo con Lázaro, y le juro a usted que no hubiera querido ser Lázaro.

D. PAB.—Sí, sí; muchas veces le oí a mi padre una quintilla que decía:

Se está, según me han contado,
y lo tengo por muy cierto,
mejor que de pie, sentado;
mejor que sentado, echado,
y mejor que echado, muerto.

DOC.—Eso es.

D. PAB.—Sí; eso es lo que repetimos los vivos, diciendo que el muerto descansa. Pero la verdad

es que no quisiéramos cambiarnos por el muerto, y a eso, a que no queremos cambiarnos, a que no queremos morir, le deben la vida ustedes los médicos.

DOC.—Acaso tenga usted razón. ¡Ay, la muerte no sabe escoger!

D. PAB.—Claro está que no sabe; si supiera no serían en el mundo tantos los viejos inútiles, como un servidor. Pero la muerte es ciega, como el amor.

DOC.—Es que el amor y la muerte se parecen, Pablo.

D. PAB. *(Pausa.)*—¡Pobre doña Elvira!

DOC.—¿Y Angel no? Entre todos los amigos y los conocidos no habrá otro adjetivo para calificar a este hombre tan bueno y tan caballero. ¡Pobre Angel!, eso es lo que dirán todos, y mezclarán el desdén en la compasión. Desgraciadamente, al dolor de ser engañado, cuando se es marido, suele acompañar el ridículo.

D. PAB.—Pero el que no sabe, doctor, es como el que no siente.

DOC.—¿Y usted cree que Angel ignora...?

D. PAB.—Sería demasiado fingir si lo supiera. Lo que todos hemos visto, él no lo ha podido ver, y yo, que no le abrí los ojos antes, no he de abrír-

selos tampoco ahora. Dejémosle siquiera la ilusión de su pena, que algo es algo.

DOC.—¿Y no cree usted que si él supiera que Elvira le fué infiel dejaría de llorar su muerte como la llora?

D. PAB.—Cualquiera sabe qué dolor es más grande para un cariño, si la muerte o la traición. Yo, que soy viejo, me atengo al refrán: el que no sabe es como el que no siente, Angel.

ESCENA IV

DICHOS y ANGEL, por la derecha.

DOC. *(Viéndole llegar.)*—¡Angel!

ANG. *(Que tendrá en el rostro huellas de un gran sufrimiento.)*—Hola. *(Le tiende la mano izquierda, que el Doctor le aprieta efusivamente.)* ¿Qué hora es, Pablo?

D. PAB.—Ya sé por qué me lo preguntas; no te apures. No son todavía las seis, y me iba ahora mismo al periódico; pero te advierto, Angel, que esto no podrá ser muchos días.

ANG.—¿Te cansa el oficio?

D. PAB.—No; no me cansa nada de lo que hago por ti; pero acabarán cansándose los lectores. Quince años hace que todos los días, sin faltar uno, mañana y tarde, te pasas unas horas en la platina, confeccionando tú mismo.

ANG.—Y quince años que tú me ves cumplir ese trabajo. Ya debes de haberlo aprendido.

D. PAB.—Pero no es igual que lo hagas tú a que lo haga yo, y los lectores lo van a notar. Por lo demás, yo te agradezco una prueba de confianza que, dicho sea de paso, no le sienta muy bien a los demás redactores. Y no digo más; me voy antes de que te impacientes; pero cuando puedas, vuelve, por el periódico y por ti. Nada mejor para distraerte que tu trabajo y tu afición. Buenas tardes, doctor.

DOC.—Vaya con Dios, Pablo. *(Mutis don Pablo.)*

ESCENA V

ANGEL y el DOCTOR FAJARDO.

DOC.—Me acaba de decir Pablo que te habías quedado traspuesto en un diván.

ANG.—Sí, ¡qué quieres! La materia es vil y se rinde. Llevo cinco días sin descansar.

DOC.—Pero si no quiero reprochártelo, Angel. Me parece natural que te quedes dormido; pero me parece mal que no sea en tu cama, con la comodidad y las horas necesarias. ¿Crees que hay mejor medicina que el olvido del sueño?

ANG.—¡Ay, si se durmiera uno para siempre!

DOC.—No digas eso, hombre.

ANG.—Si no lo digo en el sentido que tú crees; si es que no me quiero dormir porque le temo a ese olvido del sueño, que es un olvido engañoso, ya que al despertar se recuerda lo que se había olvidado y se empieza a sufrir otra vez.

DOC.—¡Hombre!

ANG.—Sí, Enrique, sí. El despertar es una iniciación nueva en mi pena. Un dolor nuevo. Mira, tú no sabes: todas las mañanas, cuando mi cerebro logra al fin, no sé cómo decírtelo, consigue arrancarme a las nebulosas del duermevela, es él quien me dice para traerme a la dolorosa realidad: "Tu vida ha cambiado, tu vida ya no es la misma, eres viudo, tu Elvira ya no está, ya no la verás nunca más, nunca, porque ya no está, porque ya no vuelve", y así... Elvira se me muere de nuevo todas las mañanas, y por eso no me quiero dormir: por el miedo a despertar, que es horrible, ¡horrible!

DOC.—Cálmate, Angel. Lo horrible es esta manía de analizarlo todo, de estar dándole siempre vueltas a lo mismo, como si te complacieras en atormentarte.

ESCENA VI

DICHOS y, por la segunda izquierda, VICTORIA y CARMITA, niña de cuatro años.

ANG.—¡Ah!, Carmita. *(Se acerca a la niña y la besa. A Fajardo.)* Si no fuera por esto.

VIC.—No quiere estar con el ama. Ni que la saque ella. Y como yo no me fío, porque la mujer, aunque es buena, es un poco descuidada..., pues la saco yo misma.

ANG.—¿Dónde la llevas?

VIC.—Al jardín a que corra un ratito. Yo, por mí, la sacaría ya a la calle; que ella todavía no puede darse cuenta y no está en edad de guardar los formulismos del luto; pero...

DOC.—Claro que no, y es una crueldad inútil y una torpeza tenerla encerrada. Que tome el aire y el sol.

ANG.—Sí, sí; llévala, llévala, distráela.

CARMITA.—Papá, ¿dónde está mamaíta?

ANG.—Mamá... está en el cielo, hijita. *(La besa otra vez.)*

VIC.—Anda, Carmita, vamos. Las niñas bien educadas no preguntan nada nunca. Con permiso de los señores. *(Victoria hace mutis con la chica, foro.)*

ANG.—¡Dónde está mamá! Si hay cielo, probablemente no está en él; pero ¿qué le voy a decir al angelito?

DOC.—¿Por qué dices eso, Angel?

ANG.—Porque Elvira... no está en el cielo. No puede estarlo.

DOC.—Pero ¿entonces es que tú...? *(Angel hace señas de que sí con la cabeza.)* Pero ¿sabías...?

ANG.—¡Oh, no! ¿Tan mal me conoces, Enrique? No.

DOC.—Perdona.

ANG.—He sido un marido ciego, no un marido complaciente. Me he enterado ahora, hace dos noches, por una carta muy breve, pero bastante explícita, que encontré en un cajón cuando me complacía buscando sus recuerdos. ¡Sus recuerdos! ¡Qué tremenda ironía!

DOC.—¡Oh! Pero entonces, ¿sabes también quién era...?

ANG.—¿Su cómplice? Sí.

DOC.—¿Y él sabe que tú lo sabes?

ANG.—Supongo que no.

DOC.—Pero ¿no has vuelto a verle?

ANG.—No. Desde que nos separamos en el cementerio, llorando los dos... ¡Qué sarcasmo! Llorando los dos por la misma pena.

DOC.—Y ¿qué piensas hacer?

ANG.—¿Qué pienso hacer? Nada. Cerrarle las puertas de mi casa con cualquier pretexto. Nada más. Viva Elvira, acaso hubiéramos reñido él y yo, si es que sirve de algo reñir con otro hombre por una mujer, cuando es la mujer la que escoge. Pero ahora, ¿para qué? Tendríamos que reñir para matarnos; es decir, para matarle yo, que es quien tiene razón, si para matar hay razón alguna vez. Pero no; no la hay nunca, nunca; ni por justicia, ni por castigo, ni por venganza, ni siquiera por defensa. No, no. Es preferible cien veces morir. *(Pausa.)* ¡No! El por su camino y yo por el mío, y a adorar y a cuidar a mi hija, que es lo único que me queda en el mundo.

DOC.—Eres demasiado noble, Angel.

ANG.—¿Por qué? ¿Porque desprecio a un infame y perdono a una muerta? Pero ¿es que hay algo mejor que hacer? En la carta que encontré, él le hablaba de huír; se comprende que se lo había propuesto otras veces y que Elvira se nega-

ba. Acaso por eso he perdonado su memoria. Después de todo, no es siempre de ellas la culpa. No debiera de haber luna de miel, Enrique. Tú, que eres médico y entiendes de fisiología, lo sabes mejor que yo. No amamos a nuestra mujer lo mismo a los ocho años de casados que a los ocho días, y ellas, que no saben el porqué, o se resignan... o buscan fuera el amor que les falta en casa. Pero la verdad es que sufren siempre, y acaso mucho más cuando no saben resignarse. La pobre Elvira tenía dieciséis años menos que yo, y ya... no nos amábamos con amor de esposos. A los cuatro años de matrimonio, cuando menos lo esperábamos, nació Carmita, y ahora parecía que el amor que había huído ya de nosotros, el mío por ella, el de ella hacia mí, se había transformado, como si se encontrasen los dos amores reunidos en nuestro amor por la chica, y ya sólo pensábamos en ella y no en nosotros.

DOC.—¡Ah, si ella hubiera pensado en su hija no hubiera procedido así! Cuando entre los esposos se acaba la sensualidad, debe quedar la estimación.

ANG.—La estimación no excluye el amor en una mujer sensual, y como yo no se lo daba...

DOC.—¡Oh, no digas eso! ¿Y el respeto y la moral?

ANG.—La verdadera moral de las mujeres es su amor. ¡Y yo no se lo daba!

DOC.—Pero...

ANG.—¿Es que quieres exasperarme para hacer menos grande mi pena? No lo vas a conseguir. Yo mismo no lo consigo. No te asombres, no me reproches, no te espantes de verme en este estado. Nada despierta tanto la inteligencia y la sinceridad como el dolor, y así, de mis espantosas crisis de sufrimiento yo salgo cada vez más limpio, cada vez más sincero para conmigo mismo y más justo. *(Pausa breve.)* Claro está que es porque ha muerto y ya no puede ocurrirle nada peor; que si hubiera vivido, si yo hubiera sabido su engaño en vida, ¡ah!, entonces, entonces le hubiera arrancado la...; pero no, no..., ¡qué miserables, qué cobardes somos; es decir, qué miserable y qué cobarde soy! Ya iba a hablar de matar. ¡De matar! ¡Yo, yo, que no me canso de predicar contra la pena de muerte! ¡Y lo peor es que lo he dicho con rabia, sinceramente, sintiendo en mi el deseo de matar, y hace un instante, ahora mismo, acababa de decirte que no me sentía capaz de matar a nadie. Y es que, en realidad, no sabemos ni siquiera de lo que podemos ser capaces.

DOC.—Cálmate, cálmate. Te mareas con tus propias palabras y te pones fuera de ti. Tienes

razón: ya no hay nada que hacer. Si ella hubiera vivido, probablemente te hubieras separado de ella.

ANG.—¡O no me hubiera separado!

DOC.—Pero ¿qué estás diciendo?

ANG.—Lo que siento. ¡Qué sabe nadie del misterio de nadie! ¡Nos reímos de tantos maridos engañados! ¡Me he reído yo también tantas veces! Y acaso yo, que tuve siempre la vanidad de ser digno, hubiera perdonado pensando en Carmita, en la niña, que representa en mi vida más que mi mujer y más que yo mismo! Y mira, Enrique, mira, hubiera sido espantoso, porque acaso no hubiera sabido olvidar, como no puedo olvidar ahora, y hubiera creído que perdonaba..., sin perdonar. Porque el que no olvida no perdona.

DOC.—Pues eso es lo que yo quiero, que olvides, que si la recuerdas sólo sea para pensar que era indigna de ti...

ANG.—Y eso quisiera yo también; pero a veces no sé si sufro más sabiéndola infame que lo que hubiera sufrido creyéndola inocente. Porque es que ahora me parece que lloro dos cosas: la muerte de ella y el desengaño de su amor; dos muertes: la de una realidad, que era ella, y la de una ilusión, que era su amor... y que era toda mi vida.

DOC.—Basta, basta, basta. Yo no quiero oirte hablar así. Hablas todavía enamorado, y has de convencerte de que ese amor es una indignidad.

ANG.—De acuerdo. Pero ¿es que sabe de dignidades el amor? Sí; en el fondo es eso, que la quiero aún muerta como la quise viva—a ti no me da vergüenza confesártelo—, que la quiero de amor, y el amor es así. No quiere por razones, sino porque sí; no quiere a quien es bueno, ni a quien lo merece, ni a quien corresponde al cariño, ni a quien es fiel y leal; quiere al que quiere, y como esa locura del amor no depende del sujeto amado, sino del amante, éste no puede dejar de querer por algo que no depende de sí, sino del otro, y cuando sabe que el otro no es bueno, ni leal, ni fiel, ni merece nada, lo sabe y sigue queriendo, y quiere con toda su alma, como yo quiero a mi muerta, porque no sé, porque no puedo dejar de quererla.

DOC.—¡Angel, Angel, por Dios!

ANG.—Si ya sé, no me digas nada; si ya lo sé. Tú, a fuer de amigo, pensando como todos, hubieras preferido cualquiera otra situación. Sí, sí, me hubieras preferido asesino.

DOC.—No, Angel.

ANG.—Sí, asesino con su honor lavado, limpio. Me hubieras preferido sorprendiendo a Elvira in

fraganti, resolviendo la situación con un revólver, al amparo del Código, entre la admiración de los hombres y la adoración de muchas mujeres.

DOC.—Por favor, no disparates.

ANG.—Sí, sí, el papel de Otelo tiene muchos admiradores y muchas admiradoras... Eso es ser un hombre, según dicen; pero a mí me da asco todo eso. ¡¡Asco!! Ya sé que el papel de engañado no es airoso en una sociedad en que se estudia para pícaro, en que hay que ser vivo ante todo; pero no es a los pícaros ni a los vivos precisamente a quienes se engaña, y mira, yo no sé por qué, a mí me parece que la traición me ha ennoblecido y que nunca fuí más hombre que ahora que sé soportarla sólo por el amor de esa pobre hija, que no debe saber nunca cómo fué su madre.

DOC.—Basta, basta, Angel; eres un caballero *(Le estrecha las dos manos.)*

ESCENA VII

DICHOS y un CRIADO, por el foro. Es muy joven y andaluz.

CRIADO.—Don Hernán Maldonado que pregunta por el zeñorito.

ANG. *(Hace un gesto para tranquilizar al Doctor, y dice al Criado.)*—Pero ¿desde cuándo se hace anunciar aquí Hernán?

CRIADO.—Como don Pablo me había dicho que el zeñó no resibía a nadie...

ANG.—Nada, nada, que pase.

DOC.—¡Angel!

ANG.—Que pase, y que pase todo el que venga; estoy para todo el mundo. *(Mutis Criado.)*

DOC.—¡Angel!

ANG.—Es una lección de energía que me doy a mí mismo viéndole. Puedes irte tranquilo. Yo te juro que no habrá ninguna escena violenta. *(Va a la mesita que está delante de la chimenea y coge*

los libros grandes o los álbumes, y carga con ellos de tal suerte, que lo imposibilitan para usar de las manos.)

DOC.—Pero ¿qué haces?

ANG.—Ya lo ves, ponerme en condiciones de no verme obligado a estrechar la mano que me tienda. *(Atraviesa lentamente la escena desde la mesa hasta la lateral derecha, y espera en el umbral la entrada de Hernán, que aparece en ese momento en el foro.)*

ESCENA VIII

DICHOS y HERNAN MALDONADO, por el foro.

HER.—¡Querido Angel! *(Angel, inmóvil, no le contesta, y Fajardo, hábilmente, se adelanta a estrechar la mano del recién llegado.)*

DOC.—Señor Maldonado, buenas tardes.

HER.—Muy buenas, doctor. *(Mientras Fajardo retiene entre las suyas la mano de Hernán, Angel dice y hace mutis:)*

ANG.—Voy a dejar estos libros un momento. En seguida soy con vosotros.

HER.—Si estorbo... Si tienes que hacer... Me dijeron que no estabas...

ANG.—¿Crees tú que puedes estorbar en esta casa? Fué un error del criado. Estoy. Para ti, sobre todo, ya lo creo que estoy. Vuelvo en seguida. *(Mutis. Hay una pequeña pausa embarazosa. Hernán, sin saber qué hacer, saca la pitillera y se la ofrece al Doctor.)*

DOC.—Gracias, no fumo.

HER.—¿Predica usted a sus enfermos con el ejemplo?

DOC.—No he fumado nunca.

HER.—Dichoso usted. *(Va a sentarse al sofá. Trae en la mano un paquete. Hay otra pausa embarazosa, durante la cual el médico ojea unos papeles en la mesita que está junto a la chimenea.)* ¿Hay mucho trabajo, doctor?

DOC.—¡Pchs!, nunca falta, desgraciadamente.

HER.—Desgraciadamente para los enfermos. Lo que es para usted...

DOC.—Desgraciadamente para todos. Yo no soy un malvado.

HER.—Ni yo he pretendido decírselo, querido doctor.

DOC.—Así lo espero.

ANG. *(Que vuelve por donde se fué.)* — Aquí estoy ya de vuelta. *(Viene fumando un puro y con las manos en los bolsillos del pantalón.)* ¿Qué se miente por ahí?

HER.—No hay nada nuevo.

ANG.—Y muy poco de cierto. Por eso preguntaba.

DOC.—Bueno, Angel. Me he pasado una hora larga contigo. Mis clientes esperan.

ANG.—Ve con Dios, hijo, y El ponga tiento en tus manos.

DOC. *(Dando la mano a Angel, le dice aparte, muy bajo.)*—Espero que seas consecuente con tus teorías; por eso me voy.

ANG. *(Aparte también.)* — Puedes estar tranquilo. *(El Doctor va a dar la mano a Hernán.)*

HER.—Hasta otro día, doctor, y salud para sus enfermos, puesto que usted así lo desea.

DOC.—Para mis clientes. Yo los llamo así, porque no todos son enfermos. Algunos se lo figuran nada más.

ANG.—Que es siempre una manera de estar enfermo.

DOC.—Acaso tengas razón. Buenas tardes, Angel. *(Ya en la puerta, otra vez en voz baja.)* Y prudencia. *(Mutis el Doctor.)*

ESCENA IX

ANGEL y HERNAN.

ANG. *(Desde la puerta. Hará toda la escena paseándose por el fondo.)*—¡Bien, bien, muy bien! Bueno, ¿y qué me cuentas? ¿Ese viaje al Japón...?

HER.—Todavía, no, por ahora. He pedido un permiso de un mes. Lo retraso porque he de resolver agunos asuntos...

ANG.—¡Ah! *(Hay una pequeña pausa.)* ¿Es algo en que yo puedo servirte?

HER.—No. ¿Por qué?

ANG.—Por nada. Creí que había alguna dificultad, y ya sabes...

HER.—Ninguna.

ANG.—Pues... me alegro.

HER.—He venido a traerte este paquete de libros *(Se levanta y va hacia una silla que estará a la izquierda del foro, donde habrá dejado el paquete de libros al entrar.)* que me prestó la pobre

Elvira. *(Habrán quedado en escena colocados: Hernán en el ángulo de la izquierda último término, y Angel a la derecha.)*

ANG.—Déjalos ahí, no te molestes. *(Va a sentarse en el sofá.)*

HER. *(Un poco confuso ante la actitud de Angel.)*—Aunque esta es una visita de pésame, entre nosotros no caben formulismos, y te pido perdón si he nombrado a Elvira. Comprendo que a tu pena...

ANG.—Sí; es mejor no nombrarla.

HER. *(Pausa.)*—Y como ya te he visto... y me figuro que prefieres estar solo...

ANG. *(Poniéndose de pie.)*—Mira, Hernán: estamos jugando al escondite, y, la verdad, somos ya creciditos para semejante juego...

HER.—¿Al escondite? No te entiendo.

ANG.—Tú no has venido sólo a traer esos libros.

HER.—Claro está, he venido...

ANG.—Has venido a adivinar en mi actitud si yo sospechaba algo que a ti pudiera importarte.

HER.—¿A mí?

ANG.—A ti, sí. *(Pausa. Muy lento. Subrayado.)* Y no sospeché nunca, ni sospecho ahora. Tengo la evidencia, he encontrado una carta que no admite duda.

HER.—Pues... mentiría si te dijera que lo siento. Estoy completamente a tus órdenes.

ANG.—¿A mis órdenes? ¿Tú? Ahora soy yo quien no te entiende.

HER.—Pues tiene muy poco que entender. Estoy completamente a tus órdenes, no sé decírtelo de otra forma.

ANG.—Pues yo te respondo que en nada puedes servirme.

HER.—¡Angel!

ANG.—Y como no me sirves, te pongo a la puerta. Esta casa está cerrada para ti. Es cuanto me importaba decirte.

HER.—Por lo visto, no eres un hombre de honor.

ANG.—No lo sé; pero soy un hombre de bien. Tampoco sé si tú puedes decir lo mismo.

HER.—Eso es una ofensa y...

ANG.—Y yo te pido perdón de ella inmediatamente; pero ahora, sin ofenderte, con el derecho que me asiste, te ruego que salgas de mi casa y no vuelvas jamás a ella.

HER.—Y si yo te dijera que...

ANG.—Si tú me dijeras... lo que no puedes decirme, lo que no me dices, también sería inútil.

HER.—Pues yo...

ANG.—¡Inútil! Yo no me bato, y soy dueño ab-

soluto de hacer con las ofensas que reciba lo que mejor me venga en gana. Cuando yo ofenda y no pida perdón..., será otra cosa.

HER.—Pero es que a mí me importa decirte que en lo que de mí dependa...

ANG.—Calla. *(Ha visto en el foro llegar a Victoria con la chica. Hernán se vuelve y las ve subir.)*

ESCENA X

DICHOS y, por el foro, VICTORIA y la NIÑA.

VIC.—Buenas tardes, señorito Hernán.

HER.—Buenas tardes, Victoria. *(Agachándose para besar a la chica.)* Buenas tardes, Carmita. *(La besa.)*

ANG. *(En un grito.)*—¡¡Hernán!!

HER.—¿Qué?

ANG.—Llévate a la niña, Victoria. Ahora no debe estar aquí. *(Mutis Victoria con la niña, segunda izquierda.)*

HER.—¿Me quieres decir...?

ANG.—Te quiero decir y te digo, sin que haya ofensa en ello, porque no tengo obligación de ser tu amigo, que has dejado de serlo. Y has dejado de serlo mío y de todo lo que es mío. Y como si viviera Elvira no te podrías acercar a ella no siendo amigo de su marido, tampoco te puedes acercar a Carmita, ni mucho menos acariciarla.

HER.—¡Oh, vamos! Yo no entiendo qué mezcla de agresividad y de prudencia hay en ti. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Con qué derecho me impides a mí acercarme a Carmita?

ANG.—¿Eh?

HER.—Sí. ¿Con qué derecho? ¿Con el que te dan las apariencias y las leyes?

ANG.—¡Mientes, canalla!

HER.—Es mi hija, y si la carta que...

ANG. *(Dispuesto a lanzarse sobre él.)*—¡Mientes, miserable!

ESCENA XI

DICHOS y, por el foro, CARLOS MARTIN, DON PABLO y MARIO MALVEAL.

CAR. *(Entrando y sujetando a don Angel.)*— ¡Don Angel!...

ANG.—¡Señor Malveal, tanto bueno por esta casa!

MAR.—Mi estimado don Angel. Vine hace unos minutos a saludarle a usted y no tuve la fortuna...

ANG.—Perdóneme usted. Descansaba y... no quisieron avisarme, sin duda.

MAR.—¡Querido Hernán, buenas tardes! *(Hernán habrá bajado a primer término izquierda a la llegada de los nuevos personajes, y la colocación es ahora: en primer término izquierda, Hernán; cerca de él, a la derecha, Mario, que acaba de acercarse; en el centro de la escena, Don Pablo; en segundo término derecha, al fondo, Angel, y a*

su izquierda, Carlos.) Pero ¿discutían ustedes y con mucho acaloro, por lo visto?

HER.—No.

ANG.—Sí. Discutíamos sobre el caso de ese desgraciado de Bethancourt, a quien han ejecutado ayer, y como ése *(Señalando a Hernán.)* es partidario de la pena de muerte y defendía a los jueces, yo le decía que es un miserable y un imbécil.

HER.—Eso es una ofensa.

MAR.—¡Señor León!

CAR.—¡Don Angel, por Dios! *(Los tres últimos personajes han hablado casi a la vez.)*

ANG.—Es una ofensa que sostengo y que repito con toda la fuerza de mis convicciones.

HER.—Pues entonces...

MAR.—¡Pero delante de nosotros!

ANG.—Delante del mundo entero, si hiciere falta. Es un miserable y un imbécil.

HER.—Basta, yo...

MAR.—Un momento, caballeros. Esto no se puede resolver así. Yo creo...

HER.—Mario, puesto que tú sabes cómo se resuelven estas cosas, vámonos inmediatamente de aquí.

MAR.—Vamos, vamos, sí.

CAR. *(Acercándose a ellos.)* — Pero oigan ustedes...

HER.—Usted perdone, Martín. *(Dirigiéndose a Angel.)* Espero que me hará usted el favor de aguardar en su casa al señor Malveal y a otro amigo.

ANG.—Con muchísimo gusto.

D. PAB.—¡Vaya, vaya, salgan ustedes!

MAR. *(Yéndose al foro con Hernán y Carlos Martín, dice a éste.*—Es incalificable; ha sido un atropello.

CAR.—Vamos, vamos, ya se arreglará.

MAR. *(En la puerta.)*—Beso a usted la mano, caballero.

ANG.—Y yo a usted la suya, señor Malveal. *(Hacen mutis por el foro todos, menos don Pablo, que se acerca a Angel.)*

D. PAB.—¡Pero, Angel! ¿Qué has hecho? ¿Cómo ha sido esto? ¿A qué ha venido esta violencia?

ANG.—¿Y tú me lo preguntas? Pero ¿es posible que llegue a tanto el disimulo? ¿De veras tú no sabes por qué hemos reñido? ¿No?

D. PAB.—Yo, Angel...

ANG.—Tú y todos los que me rodeáis sois tan miserables como él.

D. PAB.—¡Angel, por Dios!

ANG.—Sí, miserables por vuestras preguntas de ahora y por vuestro silencio de antes, que fué

como un crimen. Porque todos habéis visto lo que yo, ciego, no veía, y todos habéis callado como unos cobardes.

D. PAB.—Yo...

ANG. *(Asiéndole con gran violencia de las solapas.)*—Tú, el primero.

D. PAB.—¡Angel!

ANG. *(Echándolo.)* —¡Eh, cobarde! No tiembles, que no sois más que eso, unos cobardes. Déjame, déjame.

D. PAB.—Pero oye, escucha...

ANG.—Déjame, que ya no tengo nada que oír, que ya oí cuanto puedan oír oídos humanos. ¡Y no he muerto! ¡Y no he matado!

D. PAB.—Pero...

ANG.—Déjame. Ese hombre ha dicho una verdad... o una mentira, ¡una mentira!, ¡mentira! Pero no la dirá más. ¡Nunca más! Ese hombre ha besado a Carmita..., y no la besará más... ¡¡Nunca más!!... Déjame, Pablo, déjame, y puesto que no pudiste hablar antes, no hables ahora. Calla. Si veinte años a mi lado han servido para que me conozcas un poco, para que me quieras un poco, déjame y calla. *(Mutis.)*

ESCENA XII

DON PABLO y CARLOS MARTIN, que vuelve por el foro.

CAR.—¿Y don Angel?

D. PAB.—Acaba de retirarse a sus habitaciones. Está como loco. En veinte años, jamás lo he visto así. ¡Pobre Angel!

CAR.—Que no le oiga a usted decir ¡pobre Angel! ¡Por Dios!

D. PAB.—¿Por qué?

CAR.—Es un consejo que le doy, amigo Pablo. En cierta ocasión, pidiéndole un favor, repetí varias veces su nombre, Angel, y al despedirme me dijo, medio en broma medio en serio, pero con una cara que no puedo olvidar, que él se llamaba Angel y se apellidaba León. ¡León! ¿Entiende usted?

D. PAB.—¿Cómo si lo entiendo? Acabo de ver-

lo. En Angel se ha despertado el león. ¿Y qué va a pasar ahora, Dios mío?

CAR.—Lo inevitable, lo corriente en estos casos. Los padrinos de Maldonado no tardarán en llegar. Don Angel ha insultado para eso, ha ofendido para eso, y, seguramente, ya sabe a qué atenerse.

D. PAB.—¿Que ha ofendido Angel, dice usted? Pero ¿usted...?

CAR.—En esta cuestión, aquí, ha ofendido don Angel. De antes no se habla, ni puede hablar nadie, ni consentiré yo, si, como espero, me honra don Angel utilizándome, que hable nadie.

D. PAB.—Pero ¿es que se puede consentir semejante monstruosidad? Ustedes hablan de honor; se les llena a ustedes la boca con esa palabra: honor; pero es que el traidor, el infame, el que viene a casa del amigo...

CAR.—De eso no sabemos nada.

D. PAB.—¿Cómo que no sabemos? Supimos siempre y callamos como unos cobardes.

CAR.—Porque no podíamos sino callar. De eso no sabemos nada, don Pablo. No podemos, no debemos saber. Ahora sólo queda en pie un hecho. Dos amigos íntimos han tenido una cuestión: uno de ellos insultó gravemente. Pues se baten, se firma un acta y no se habla más del incidente.

D. PAB.—Y se habrá firmado una infamia, eso es.

CAR.—Yo no discuto, don Pablo; pero no sé de otro camino, y creo que don Angel tampoco quiera... Ahí está ya.

ESCENA XIII

DICHOS y DON ANGEL.

ANG.—Hola, Carlos. Me alegro de que hayas vuelto.

CAR.—Comprenderá usted que no me podía ir así.

ANG.—Gracias.

CAR.—Hernán y Malveal se fueron al Casino a buscar a Jovellanos. Probablemente, éste y Malveal vendrán como padrinos.

ANG.—Está bien. *(A Pablo.)* Tú, que callaste siempre, callarás ahora también, ¿entiendes?

D. PAB.—Sí.

ANG.—Lo prometes y has de cumplirlo, que por muy viejo que seas te afeitas y te vistes por los pies como nosotros.

D. PAB.—Sí, Angel, sí.

ANG.—Muy bien. *(A Carlos.)* ¿Me vas a servir tú, ¿verdad?

CAR. *(Tendiéndole las dos manos.)*—¡Don Angel, figúrese usted!

ANG.—Gracias. Pues el otro, si no tienes inconveniente, me gustaría que fuese Fajardo. Además, es médico...

CAR.—Fajardo es un buen amigo y me parece muy bien; pero siendo padrino, habrá que llevar otro médico.

ANG.—El lo llevará. Lo que me parece es que debieras ir ya a buscar a Enrique y llevarlo al Casino a encontraros con los otros, cuanto antes, mejor.

CAR.—Pues voy ahora mismo.

ANG.—No tengo que darte instrucciones. Los porqués de la cuestión nada importan, y el señor Maldonado ha sido ofendido por mí en forma que no deja lugar a dudas.

CAR.—¿Lo ve usted, don Pablo?

ANGEL.—¿Qué, qué ocurre?

D. PAB.—No, nada, nada; sigan ustedes hablando; yo no existo.

ANG.—Desde luego, yo mantengo la ofensa y me ratifico en ella si hiciere falta.

CAR.—El tiene la elección de armas.

ANG.—Eso no me importa. Lo que sí me importa es no ir a una farsa, y sentiría que las condiciones no fueran duras y serias.

CAR.—Usted puede agravarlas.

ANG.—¿Siendo el ofensor?

CAR.—Por eso mismo.

ANG.—Pues si hace falta, las agravas. Y nada más. Espero aquí un acta de combate, seria, y si es esta tarde misma, mejor que esta noche, y esta noche, mejor que mañana.

CAR.—Cuanto antes.

ANG.—Y a discutir muy poco; nada, si no dan lugar.

CAR.—No lo darán. Hasta luego, don Angel. *(A Pablo.)* Buenas tardes, don Pablo.

D. PAB.—Vaya usted mucho con Dios, y El nos proteja a todos. *(Mutis Carlos por el foro.)*

ANG.—Pablo, hazme el favor de llamar un instante a Victoria. *(Pablo hace mutis por la segunda izquierda. Angel se pasea lentamente.)*

ESCENA XIV

DON ANGEL, VICTORIA y DON PABLO, por la segunda izquierda.

VIC.—¿Me necesitaba el señorito?

ANG.—Sí, un momento. *(A Pablo.)* ¿Me haces el favor de dejarnos?

D. PAB.—Sí, Angel, yo... *(Se le parte la voz en la garganta.)*

ANG.—Ven acá, mi viejo amigo, ven acá y perdóname.

D. PAB.—No me digas nada, no me digas nada; perdóname tú a mí y perdónanos a todos. *(Se abrazan.)*

ANG.—Anda, anda, ve.

D. PAB. *(Haciendo mutis.)* — ¡Señor, Señor, Dios mío! *(Hace mutis por el foro, llorando.)*

VIC. *(Muy asustada.)*—¿Qué ha ocurrido, señorito?

ANG.—Un momento, Victoria. Soy yo quien te ha llamado y yo quien ha de interrogar.

VIC.—Sí, señor.

ANG. *(Va a la puerta del foro y la cierra.)*—¿Me vas a contestar toda la verdad?

VIC.—¿La verdad de qué, señorito?

ANG.—Vuelvo a decirte que quien interroga soy yo. Ten paciencia y escúchame... *(Victoria se queda de piedra. Angel da todavía un paseo, y después dice:)* Siéntate.

VIC.—¡Oh, no, señorito!

ANG.—Siéntate. *(Victoria se sienta.)*

VIC.—Yo le juro al señor...

ANG.—Calma, calma. No me digas nada hasta que yo no pregunte; pero cuando contestes, di la verdad. *(Mirándola fijamente.)* ¿Tú eras confidente de mi mujer?

VIC.—¡Yo, señor! ¡Yo era su doncella, yo...!

ANG.—Te suplico, Victoria, por lo que más quieras, que me digas la verdad, sin rodeos, sin vacilaciones. Te lo ruego. ¡Ya ves, te lo ruego! *(Victoria se cubre la cara con las manos y rompe a llorar.)* ¿Cómo? ¿A qué viene eso ahora? ¿Por qué lloras? Contéstame, ¿por qué lloras?

VIC.—Porque veo que el señorito está sufriendo horriblemente y yo no tengo corazón para verle a usted sufrir de ese modo.

ANG.—Es una respuesta; pero te advierto que yo no puedo admitir lástimas sin respeto.

VIC.—Llena de respeto y de cariño, los que siempre tuve por el señorito, aunque el señorito no lo crea.

ANG.—Porque no lo ha parecido.

VIC.—No lo ha parecido, pero... *(Se levanta.)* ¿El señorito me deja hablar sin que él me pregunte?

ANG.—Naturalmente que sí; habla, habla; ese fué el mal: no haber hablado antes, haberte prestado a...

VIC.—Señorito, por Dios, yo le suplico a usted que me escuche.

ANG.—Habla, habla.

VIC.—¿Recuerda el señorito que durante su matrimonio no ha tenido otra doncella? Que yo siempre...

ANG.—No, no; no es eso; vamos a lo que importa, pronto, pronto. Yo necesito saber, ¿no comprendes?

VIC.—Y a eso voy; yo también tengo que justificarme para no parecer lo que no soy. Recuerde el señorito que hace cinco años yo fuí una tarde a su despacho a decirle al señorito que con un profundo sentimiento me veía obligada a dejar la casa.

ANG.—¡Cinco años!... ¡Es verdad, es verdad!

VIC.—Todavía vivía mi pobre madre. A las mil preguntas que me hizo el señorito de por qué dejaba la casa, yo opuse como pretexto una enfermedad de mi madre... El señorito insistió, hasta se ofreció a escribirle a mi madre, a hacerla venir a Madrid... No hubo forma de que me despidiera, recuérdelo el señorito.

ANG.—Sí, ¿y qué?

VIC.—Que aquella misma mañana, la señora Elvira, que en paz descanse, me había mandado con una carta a casa de... ¿Se hace cargo el señor?

ANG.—Bien, bien, bien.

VIC.—Por la noche, la señora me preguntó también que por qué quería irme, y se opuso y... Yo no quería, pero... Un año después murió mi madre. Y el señorito me dijo que ésta era como mi casa, que los señoritos serían unos padres para mí, y a mí se me partió el alma de oirlo. Pero ya ¿qué iba a hacer, señorito? ¿Se hace cargo el señorito?

ANG.—Sí, claro que sí; pero comprende también que yo no puedo perdonarlo. En tu mano estaba no haber aceptado el encargo.

VIC.—Yo estaba en la obligación de hacer lo que me mandaran.

ANG.—¿También cuando te mandaban una indignidad?

VIC.—Yo no podía saber lo que contenía una carta cerrada, aunque lo adivinara.

ANG.—¡Ah!

VIC.—Además, ¿cree el señorito que por haberme negado yo se hubiera evitado algo? Después ocurrió lo que ocurrió, y yo me doblegué a los hechos y también, ¿por qué no decirlo?, a un sentimiento de amistad, perdone el señorito, de alianza, de ayuda que tenemos todas las mujeres, aunque seamos decentes, para favorecernos unas a otras. Y, sin embargo, ya ve usted, me repugnaba. Si obedecí a algún interés no fué de dinero ciertamente.

ANG.—Basta, basta. Hablas demasiado bien, Victoria.

VIC.—El señorito sabe que yo no tengo la culpa de no haber venido a más, sino a menos, cuando me puse a servir, y Dios sabe que tampoco la tengo de haber venido a menos en la opinión del señorito.

ANG.—Está bien, está bien. De manera que lo sabías todo, todo. Lo sabes todo. ¿Sabes también que Carmita...?

VIC.—¡Señorito, por Dios!

ANG.—Habla, habla, di la verdad. ¿Sabes que

no es mi hija? *(Victoria baja la cabeza y no contesta.)* ¿Y callaste?

VIC.—¿Para qué iba a hablar? La pobre niña no tenía la culpa.

ANG.—¡Oh, Victoria!

VIC. *(Levanta la cara y lo mira.)*—¿Qué, señorito?

ANG.—Nada, nada. Que es grande lo que acabas de decir. La pobre niña no tiene la culpa. Pero tú tampoco, y por eso, créeme, Victoria, me duele en el alma lo que tengo que decirte.

VIC.—¿A mí, señorito?

ANG.—A ti, sí, y no lo tomes a ofensa ni a rencor, pero tienes que dejar esta casa.

VIC.—¿Me echa el señorito? ¿Y adónde voy a ir yo, Dios mío?

ANG.—Quien no sabe adónde ir en estos momentos soy yo. Tú encontrarás otra casa. Eres joven y lista. Yo te daré dinero.

VIC.—¿Dinero? El señorito me odia.

ANG.—Yo no puedo perder odio, porque ahora lo necesito todo.

VIC.—El señorito, que no fué nunca injusto con nadie, es ahora injusto conmigo.

ANG.—¿Injusto?

VIC.—Sí, porque yo me quise ir de esta casa porque no quería ser cómplice del daño que le

hicieran al señorito; pero me quedé en esta casa cuando ya no podía hacer otra cosa, porque otra no viniera a saber y a propalar lo que yo callaba, y yo callaba porque no lo supiera el señorito, porque no saber era la única felicidad del señorito, y a mí sólo me importaba la paz de usted, su tranquilidad de no saber, el evitarle un dolor, este dolor que nadie siente en esta casa como yo, porque yo sé mejor que nadie cómo es el señorito, y porque soy mujer, y porque soy honrada, me parte el alma la pena y la desgracia de un hombre tan cabal y tan hombre.

ANG.—¡Victoria! *(Asombrado y enternecido.)* ¿Qué dices?

VIC.—Perdóneme, señorito, perdóneme. Yo me iré cuando usted quiera, y por mí nadie sabrá...

ANG.—Espera.

VIC.—¿El señorito me dice que espere, que no me iré de esta casa?

ANG.—Ahora no puedo decirte nada. Espera hasta mañana. Yo no sé; sólo Dios sabe.

VIC.—Pero ¿corre usted algún peligro? ¿Es que...? *(Se oyen unos golpes discretos en la puerta del foro.)*

ANG.—Calla y vete.

VIC.—Pero ¿de la casa, no?

ANG.—Bástete con saber que si te vas de esta casa no será porque yo te despida.

VIC.—Entonces no me iré nunca.

ANG.—¡Quién sabe!...

VIC.—¡Nunca!... *(Llaman otra vez. La Criada hace mutis silenciosamente por la segunda izquierda.)*

ESCENA XV

ANGEL abre la puerta del foro, por la que entran CARLOS MARTIN y el DOCTOR FAJARDO.

DOC.—Querido Angel. *(Le estrecha las dos manos.)* Debí sospecharlo; pero ¿qué quieres? Más vale así. *(Bajan a primer término todos.)*

ANG.—Bueno; ¿váis a ir juntos?

CAR.—Ya lo hemos visto. No hemos tenido tiempo de hacer el acta; pero la firmaremos esta noche a las doce. No hay que discutir.

ANG.—¿Y el encuentro?

DOC.—Mañana, a las ocho de la mañana. Pistola, tres disparos avanzando.

CAR.—Cargador del Casino Militar.

ANG.—¡Gracias, amigos! Muchas gracias. Me parece que revivo, que despierto ahora de una pesadilla.

ESCENA XVI

DICHOS y DON PABLO, por el foro.

ANG. *(Viendo llegar a don Pablo.)*—¡Ah, tú, viejo, ven acá! Abrázame y no temas, hombre.

D. PAB.—Pero ¿es de veras? ¿Todo arreglado?

ANG.—Sí, todo arreglado. Mañana me habré olvidado de todo. Mañana, pase lo que pase, seré feliz. *(Lo abraza.)*

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el acto anterior. Las ventanas del fondo están abiertas. Encima de la mesa de los bibelotes, cinco o seis periódicos cuidadosamente doblados. Es al día siguiente por la mañana.

ESCENA I

El CRIADO, en traje de faena, dando lustre al suelo con un cepillo. A poco, la VOZ DEL PORTERO, y, a su tiempo, VICTORIA por la segunda izquierda.

CRIADO.—¡Y dale, y dale, y dale! *(Limpiando el suelo.)* Maz que yo no va a podé tú. *(Sigue dándole.)* Y zi mientra que te limpio pudiá cantá una zevillana, veríaz tú. *(Sigue limpiando otro poquito.)* ¡Jozú! ¡Bueno! *(Se seca el sudor.)* ¡Como

un espejo! Y ahora, a descanzá... *(Se sienta en el sillón.)* Fú... ¡Ez mucha faena!...

VOZ DEL PORTERO. *(Dentro.)*—¡Juan! *(No le contestan.)* ¡Juan!

CRIADO.—¿Qué paza?

VOZ DEL PORTERO.—Que bajes por la correspondencia y la prensa.

CRIADO.—No hay priza.

VOZ DEL PORTERO.—Si es que la tengo aquí ya.

CRIADO.—Poz zúbela, gandú. ¡Por vía e la peresa!

VOZ DEL PORTERO. — La misma distancia hay, y tu camino es cuesta abajo.

CRIADO.—Zube, hombre, zube: te convido.

VOZ DEL PORTERO.—¿A qué?

CRIADO.—A zubí, ná maz.

VOZ DEL PORTERO.—Pierdo. ¡Anda! Aquí te la dejo, con una piedra encima para que no se vuele.

CRIADO.—Aspera, hombre, aspera, pelmaso, que allá voy. *(Atraviesa perezosamente la galería de arcos y se asoma al ventanal.)* Venga.

VOZ DEL PORTERO.—Ahí va.

CRIADO. *(Inclinándose como para recoger una cosa que le dan desde abajo.)* — ¿Ná maz que ezto? ¡Poz ez una baraja!... ¿Eh? ¿Qué dises?...

¿Diecinueve perriya? Ya te las pagará el amo... Anda con Dió. *(Volviendo hacia la mesa del centro con las cartas y los periódicos.)* Vamo a yevalo todo al ezcritorio, que zi no ze me va a orvidá. *(Hace mutis por la lateral derecha, y vuelve a salir inmediatamente. Al salir empieza a limpiar lo bibelotes de la mesa canturreando:)*

Cuatro copas de aguardiente,
cuatro bezo a una mujé,
cuatro copas de aguardiente
y un fandango bien cantao...,
y a luego venga la muerte.
Ze me da poco cuidao.

VIC.—¿Quiere usted hacer el favor de no cantar?

CRIADO.—¿También ezo? Como el zeñorito no eztá, no veo yo...

VIC.—No importa. En casas como esta no está bien que cantemos haciendo nuestras faenas. ¿Me ha oído usted cantar a mí?

CRIADO.—¡No zabrá uzté! ¡Ná maz que ezo!

VIC.—No estoy para bromas, Juan, y usted tampoco lo estaría si supiera...

CRIADO.—¿El qué? ¿Paza algo?

VIC.—Pasa... que está durmiendo la niña, Juan.

CRIADO.—Ezo ya e otro cantá, y perdonusté que ziga mentando el cante.

VIC.—Yo no tengo nada que perdonar; le ruego a usted como compañera...

CRIADO.—Y yo le doy a uzté guzto, compañera. ¡Ni una palabra maz!

VIC.—Muchas gracias. *(Mutis.)*

CRIADO. *(Apenas se ha ido Victoria, vuelve a limpiar y, obedeciendo a la fuerza de la costumbre, vuelve a cantar otra vez:)*

Con cuatro jaca caztaña...

(Tapándose la boca con la mano, arrepentido.) Ya ze me fueron laz jaca. *(Sigue limpiando.)* ¡Hay que zé mudo! ¡Qué le vamo a hazé! ¡Eztá güeno ezto, Zeñó! ¡Eztá superió, ná maz que ezo! *(Va a cerrar las ventanas.)*

ESCENA II

El CRIADO y DON PABLO, por el foro.

D. PAB.—Buenos días.

CRIADO.—Muy güenos los dé Dió, zeñorito don Pablo. ¡Bien ze ha madrugao hoy!

D. PAB.—No pude dormir en toda la noche, ¡pícaros nervios!, y como en ninguna parte se está tan cómodo, pues para acá me vine.

CRIADO.—¡Cómodo el que ze pué zentar como uzté en ezos zillones, que lo que ez uno! ¡Vaya! Ezto ya eztá.

D. PAB.—¿Se acabó la faena?

CRIADO.—Ezta; pero me quedan muchaz maz. Eztoy como el que ze mata seiz toro zolo cá día.

D. PAB.—¿Qué dices, hombre?

CRIADO.—Que eztoy maz zolo que nasí. Pa el cosinero, un pinche; pa el portero, una zilla donde ze eztá zentao to er día; pa la doña Victoria eza, otro ayudante, el ama zeca de la niña; yo

zoy el único que no tié peón de brega. ¡Qué le vamoz a hacé! *(Por el pedazo de puro que se está fumando don Pablo.)* ¿E huérfano eze purito?

D. PAB.—Huérfano, y trasnochado, y moribundo, ya lo ves. Me lo fumo en dos veces: cena de última hora y desayuno.

CRIADO.—¡Paciencia! La verdá que nos ha venío Dió a vé con la muerte de la zeñorita.

D. PAB.—¿Por qué?

CRIADO. — Porque cuando ella vivía, como mandaba ella y no nos mandaba cazi ná..., ¡puez tan contentos! Pero ahora..., la Victoria eza ze va zintiendo ama e la caza...

D. PAB.—Vamos, vamos, a no murmurar.

CRIADO.—Zi no ez murmurá, don Pablo, que no lo digo con zegunda; pero como ya no hay mujé de gobierno, pue doña Victoria ha tomao laz riendaz y no ze pué ni cantiñeá cuando nadie le oye a uno. Ni a mí, ni al cosinero, ni al ama nos deja viví. Tié sien ojo y en todo eztá. Como que pa mí ezta Victoria ha zío zeñora antes que donzeya. A mí no me la da.

D. PAB.—Y tienes razón, en efecto. Es de una familia de Salamanca...

CRIADO.—¡Castellana! ¡Buena ganadería! ¡Y ezo que yo zoy andalú! Pero hay que zé juzto.

D. PAB.—Hay que estar callado cuando hablan los demás.

CRIADO.—¡Ah! ¿Ni hablá tampoco?

D. PAB.—A su tiempo. Te decía que Victoria es una chica venida a menos, de una familia de Salamanca, que no eran marqueses, por su puesto, pero tenían un buen pasar. La muerte del padre, una riña con el novio y a servir. Felizmente, ha encontrado esta casa.

CRIADO.—Donde ya no hace ninguna farta. Porque pa donseya de la zeñora, bueno; pero ahora que no hay zeñora, la nena ya tié bastante con el ama, y pa ayuda de cámara del zeñorito, aquí eztoy yo. ¡Digo, zino ez que...!

D. PAB.—Vamos a no murmurar.

CRIADO.—Vamo a lo que uzté quiera, don Pablo; pero yo no murmuraba.

D. PAB.—Bueno; pues si no le has entrado al señorito la prensa de la mañana...

CRIADO. *(Dándole los periódicos, que coge de la mesa.)*—Aquí la tié uzté. *(Hace mutis por la primera izquierda, y vuelve a salir inmediatamente.)*

D. PAB. *(Lee un momento uno de los periódicos, y al ver salir al Criado, que pasa de la izquierda al foro, le pregunta.)*—Oye, Juan: ¿el señorito dió orden de que lo despertaran a alguna hora?

CRIADO.—El zeñorito zalió mu tempranízimo.

D. PAB. *(Sorprendido.)*—¡Que salió muy temprano, dices!

CRIADO.—Vinieron el zeñorito don Carlos y el doctor, y ze fueron los tré en el auto. Yo mizmo lez zerví el dezayuno...

D. PAB. *(Tirando el periódico en el sillón y levantándose.)*—¿Los tres? ¿Y tú..., tú... no sabes...?

CRIADO.—¿Dónde han ido? Yo, no. Puede que de casa, como otras veses.

D. PAB. *(Nerviosisimo.)*—¿De caza, de caza?

CRIADO.—Bueno; con zu permizo de uzté. *(Medio mutis foro.)*

D. PAB.—Oye. *(El Criado se detiene.)* No; nada, nada, vete. *(Mutis Criado.)* Pero... ¿será posible? ¿No me dijo que estaba todo arreglado? *(De pronto corre a la segunda izquierda y llama.)* ¡Victoria! ¡Victoria!

ESCENA III

DON PABLO y VICTORIA.

VIC. *(Saliendo precipitadamente.)* — ¡Don Pablo! ¿Qué? ¿Sabe usted algo? ¿Qué ha ocurrido?

D. PAB.—¡Ah, Maldición! ¿Luego es cierto, se bate hoy?

VIC.—Pero ¿usted no lo sabía?

D. PAB.—¡Y no me ha dicho nada, nada!

VIC.—Yo creí que estaba usted con ellos, que usted sabía...

D. PAB.—¿Y qué hacemos ahora?

VIC.—¡Qué vamos a hacer! Esperar.

D. PAB.—Sí; esperar... ¡y desesperar! Pero ¿cómo ha sido? ¿Qué sabes tú?

VIC.—Yo, nada: adivino. Ayer, cuando me llamó usted...

D. PAB.—Te preguntó, claro...

VIC.—Sí, señor, y yo le dije toda la verdad. Me preguntaba con una ansia...

D. PAB.—Sí, sí, y después...

VIC.—Después, cuando usted se fué, cenó muy tranquilo.

D. PAB.—Sí.

VIC.—Poco, pero muy tranquilo, y luego se entró en su despacho y estuvo escribiendo más de tres horas.

D. PAB.—Sí, sí...

VIC.—A eso de las doce vino el señor Vélez, el notario, y después, don Enrique y don Carlos.

D. PAB.—Ha hecho testamento, está claro. ¡Y no me ha dicho nada!

VIC.—Cuando se fueron el doctor y el otro, el señorito entró en la habitación de Carmita y se estuvo un gran rato viéndola dormir.

D. PAB.—¡Pobre, pobre!

VIC.—Luego me llamó y me dió un sobre cerrado. "Si yo no vuelvo antes de las once", me dijo, "lo abres..., ¡y a cumplir cuanto aquí te ruego!" Yo se lo prometí, temblando... Esta mañana vinieron otra vez el doctor y don Carlos. Traían unas cajas...

D. PAB.—Nada, nada, se baten, ¡se están batiendo ahora mismo! Si yo supiera dónde, llamaría por teléfono a la Dirección de Seguridad y avisaría...

VIC.—¿Cómo iba usted a hacer eso?

D. PAB.—Haciéndolo, ¡pues no faltaba más! Pero ¿a ti no se te ocurre nada, mujer?

VIC.—¿Qué quiere usted que se me ocurra?

D. PAB.—Pero ¿qué has hecho en todo este tiempo?

VIC.—Desesperarme y morirme de miedo y de angustia. Yo me la tenía tragada desde anoche. ¡He rezado más!... Quise hacer rezar también a Carmita; pero no sabía decirle qué era lo que tenía que pedir. ¡Figúrese usted!

D. PAB.—Calla, calla.

VIC.—No he pegado los ojos en toda la noche. ¡Tengo unos presentimientos más tristes!...

D. PAB.—¡Calla, calla, no me lo digas!

VIC.—¡Ay, don Pablo! La desgracia se ha entrado ya por estas puertas. La muerte nunca viene sola.

D. PAB.—Calla, no quiero ni pensarlo.

VIC.—Pues yo no puedo pensar en otra cosa. ¿Qué me encargará en la carta que me ha dejado?

D. PAB.—¡Vamos! No pienses en ello. ¡Ojalá no tengas ocasión de enterarte nunca!

VIC.—Pero ¿y si tengo que enterarme? ¿Si me confía a Carmita? Si viene por ella su padre...

D. PAB.—No hay más padre que Angel, la ley lo ampara... Pero no hables de ello, te lo ruego, no hables de ello, por Dios...

ESCENA IV

DICHOS y el AMA desde el umbral segunda izquierda.

AMA.—Victoria...

D. PAB. *(Asustadísimo).*—¿Qué?

VIC.—¿Qué ocurre, ama?

AMA.—Nada, mujer. Buenos días, don Pablo.

D. PAB.—Buenos días.

AMA.—Que la niña ha despertado y quiere levantarse, y como hay que ponerle otro trajecito, porque...

VIC.—Aguarde, aguarde, mujer. Con permiso, don Pablo. *(Hace mutis con el Ama por la segunda izquierda.)*

D. PAB.—Y ¿qué hago yo ahora, Dios mío, qué hago yo? *(Pausa.)* Si yo me atreviera a llamar por teléfono... Que averiguaran en la Dirección de Seguridad el sitio... *(Va a la derecha y se detiene.)* ¿Y si ya fuese tarde?...

ESCENA V

DON PABLO y, por el foro, el DOCTOR FAJARDO; luego ANGEL, que llega sin sombrero, con el pelo en desorden, palidísimo, con paso vacilante, sostenido por CARLOS. Detrás, el CRIADO y el CHAUFFEUR, con un botiquín de médico. Más tarde, VICTORIA.

D. PAB. *(Viendo al Doctor.)*—¡Doctor, doctor, ¿qué ha ocurrido?

DOC.—¡Chist!, no alborote. Llame usted a Victoria inmediatamente.

D. PAB.—Pero ¿qué? ¿Lo han matado? *(Viendo a Angel, que entra en este momento.)* ¡Angel, Angel, hijo! ¿Estás herido? *(Angel le estrecha la mano sin hablar.)*

CAR.—Déjele usted, don Pablo. *(Conduce a Angel hasta el sillón de la derecha. Angel cae sentado, deshecho, ocultando el rostro entre las manos.)*

DOC. *(A Pablo.)*—Vaya, llame usted a Victoria.

D. PAB.—Pero...

DOC.—Vaya, hombre. ¡Ya lo ha visto! ¡¡Está vivo!! Vaya usted. *(Mutis don Pablo, segunda izquierda. Angel hace señas de que sí con la cabeza, sin quitarse las manos del rostro.)*

CHAUFFEUR. *(Muy bajo al Doctor, por la caja que tiene en la mano.)* ¿Y esto? ¿Quiere usted que se lleve a su casa en un vuelo?

DOC.—No; déjelo ahí. *(Al Criado.)* Usted, un poco de agua con coñac, pronto. *(Mutis del Criado por la primera izquierda. Al Chauffeur.)* Vaya usted al coche y espere. Y silencio, ¿eh? Dígale al portero que venga quien viniere, no dejen entrar a nadie. *(El Chauffeur hace mutis por el foro, cuyas puertas cierra el Doctor.)*

VIC. *(Saliendo seguida de don Pablo.)*—Doctor, ¿qué, viene herido?

DOC.—No. Ileso. Un ataque de nervios espantoso.

VIC. *(Hace con las manos y la cabeza un gesto de gratitud al Cielo.)*—¿Nada más?

DOC.—Nada más; ya le pasa.

VIC.—¿Y el otro?

DOC.—¡Chist!, cuidado... ¡Muerto!

VIC.—¡Dios...! *(Quiere gritar y se le rompe la voz).*

DOC. — ¡Silencio! Creí que Angel enloquecía.

(El Criado sale con el coñac y el agua.) Traiga. *(Va con la bebida hacia Angel.)* Toma, bebe.

ANG. *(Con acento desesperado, mirando al Doctor con ojos de loco.)*—¡Yo he matado, Enrique, yo he matado, yo, yo!...

DOC.—¡Chist!, a callar, a serenarse.

CAR. — Ande, ande usted, beba, repóngase. ¡Esto no puede ser!

DOC. *(Apartando a Victoria, que se ha acercado con don Pablo.)*—Hay que prepararle a escape una maleta, un par de trajes, ropa blanca...

VIC.—Sí, sí. *(Al Criado.)* Usted, Juan, venga conmigo. *(Medio mutis hacia la derecha.)*

DOC.—Maleta de mano, ¿eh?, que pueda llevarse en el auto.

VIC.—Sí, señor, sí. *(Mutis con Criado, por la derecha.)*

D. PAB. *(Al Doctor, en el centro de la escena.)* Pero ¿no puedo saber qué pasa? ¿Es que yo...?

DOC.—Pasa que no hay que perderse. Hernán cayó al primer disparo: una bala en los sesos.

D. PAB.—¡Muerto!... Menos mal.

DOC.—Menos mal, pero muy mal.

ANG.—Horrible, Pablo, espantoso.

DOC.—Basta, basta. Levanta ese ánimo. Has procedido como un hombre hasta ahora; hay que seguir siéndolo. A pesar de que se trata de un due-

lo, como hay un cadáver, intervendrá la justicia.

D. PAB.—¡No!

DOC.—Después, absolverán; pero, por ahora, hay que evitar que Angel vaya a la cárcel. En el mismo auto, a la frontera de Francia o de Portugal, a escape; luego veremos.

ANG.—Yo no huyo, Enrique. *(Se levanta.)*

D. PAB.—Pero si no puede ser, si tú tienes razón.

ANG.—Yo no huyo, Pablo.

CAR.—Pero...

ANG.—Es inútil insistir. Yo no huyo. Ya no tengo nada, ya estoy..., si no tranquilo, porque tranquilo no puedo estar, dueño de mí, fuerte para resistir lo que venga. Y no fué miedo, no, lo que me puso así. Yo no tengo miedo a nada: es vergüenza, es dolor, tristeza, horror de mí mismo.

CAR.—No comprendo..., ¿por qué? A eso fuimos: a una cosa seria...

ANG.—A darme el placer infame de una venganza, Carlos, para tener ahora, y toda la vida, este dolor, este oprobio, ¡la tristeza espantosa, incurable, de haber matado!

DOC. — Vamos, vamos, eso también pasará. Ahora...

CAR.—Ahora hay que poner tierra de por medio, alejarse, y cuanto antes, mejor.

ANG.—¡No, no puedo, no puedo! Yo he caído en el más atroz de los renuncios; me he traicionado a mí mismo, me he desmentido y debo pagar...

D. PAB.—Pero ¿qué has de pagar, tú, hijo?

ANG.—Eso: esta vil contradicción de todo lo que fué mi vida... Yo, yo, el enemigo del duelo, me he batido, y pensando que sólo así podía matar impunemente... ¡Y no quiero, no quiero esa impunidad!...

DOC.—Angel, yo te ruego...

ANG.—No la quiero, no puedo quererla. Yo, que con la toga y desde mi periódico, todos los días, a todas las horas, he combatido el delito de matar... ¡Ahora he matado, he matado!

VIC. *(Sale con el Criado en este momento.)*—Señor, no grite usted, que pueden enterarse.

ANG.—Que se enteren todos, que lo sepan todos, que vengan por mí...

CAR.—¡Oh!

D. PAB.—¡Cállate, por Dios!

ANG.—Que me prendan, que me pudran en una cárcel. Yo no puedo huir a la acción de la justicia, porque he matado... *(A Pablo.)*, y yo era un hombre bueno, tú lo sabes...

D. PAB.—Sí.

DOC.—Vamos, vamos, cálmate...

ANG.—Fué algo más fuerte que yo, una locura,

unos celos tardíos, absurdos, incomprensibles; unos celos que yo no podía tener. Yo lo hubiera callado todo, lo hubiera soportado todo; pero le vi aquí, aquí mismo, en esa puerta, darle un beso a Carmita, y enloquecí, enloquecí de celos, como si le viera besando a mi pobre muerta; sentí que me robaban algo que era mío, mío..., y no, no era..., y yo no tenía ningún derecho... *(Pausa.)*

DOC.—Bueno, bueno...

ANG.—Todavía, antes de salir, fuí a su camita, a mirarla dormir, a nutrirme de odio para defenderla... Pero... ¿de quién? Si no era mi hija, si no es mi hija. Si todo es inútil, si la voz de la sangre hablará en ella...

DOC.—¿Y no habló en ti?

ANG.—¡Qué dices!

DOC.—Que la voz de la sangre es un cuento; por eso tú no has podido escucharla. Por eso ha ocurrido todo. Anda, vamos...

ANG.—¡Enrique, Enrique, no me digas eso, no mientas, mira que... *(Transición.)* No, no, no; es inútil, todo inútil... Déjame, déjenme todos... *(Quiere hacer mutis.)*

VIC.—Pero, señor...

D. PAB.—Hijo...

CAR.—Pero ¿dónde va usted?

DOC.—Angel, basta ya, por lo que tú más quieras...

ANG.—No..., no... No puedo querer a nadie, no puede quererme nadie. ¡Soy un asesino!

VIC.—¡Jesús!

ANG.—Yo he matado al padre de esa pobre criatura; ya no la podré tener en mis brazos, sería monstruoso; ya no podré besar su frente; me odiará siempre, siempre; su corazón le ordenará que me odie, porque yo soy un asesino, el asesino de su padre, un asesino, un asesino... *(Cae llorando en el mismo sillón.)*

DOC.—Basta, basta, desvarías... *(Don Pablo está en un rincón llorando. El Criado, en el fondo de la derecha. Victoria, angustiadísima, detrás del sofá. El Doctor y Carlos, a los lados de Angel.)*

ESCENA ULTIMA

DICHOS y, por la segunda izquierda, CARMITA, que sale corriendo como escapada, y el AMA, que la sigue y se detiene en el umbral.

CARMITA.—¡Papá..., papá!

ANG. *(Da un grito horrible, y se levanta como un rayo.)*—¿Eh? ¡Carmita, tú...!

CARMITA.—Papaíto.

DOC.—¡Mírala, te llama, es tu razón de ser!

ANG.—¡Hija mía! *(Se abalanza a ella y la coge en brazos y la besa.)* Así, papá; dime así: papaíto, tu papaíto. *(La sigue besando. De repente se yergue y dice a todos:)* ¡Es mi hija!, ¿entendéis? ¡Mi hija! ¡Era mentira! ¡Mintió Elvira por halago de mujer enamorada, o se engañó. *(A la Chica.)* Pero tu corazón no se ha engañado. ¡Eres mi hija! ¡Mía, mía! *(Vuelve a besarla como enloquecido.)*

DOC.—Vuelve en ti, sálvate. Hay que huir.

ANG.—Es verdad, tienes razón: hay que huir, ¡por ella y con ella! Victoria, vámonos, vámonos de aquí, lejos, a olvidar, a... a volver a vivir. Vivir para mi hija, ¡mi hija! ¡Mía..., mía!...

TELON


EDITORIAL
ATLANTIDA